

Cartas del Archivo José María Arguedas de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Donaciones recientes de Fernando de Szyszlo, Blanca Varela, Mario Vargas Llosa, Duccio Bonavia, Haydée Castagnola y Germán Garrido Klinge

*Carmen María Pinilla Cisneros**

A continuación, damos a conocer varias cartas de Arguedas recientemente entregadas por sus destinatarios al Archivo José María Arguedas de la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú, que se ha formado con las donaciones de documentos y cartas de Arguedas que hiciera, primero, Alejandro Ortiz Rescaniere y luego, John Murra, la mayoría de los cuales ya han sido publicados por el Fondo Editorial de esta misma Universidad.

Gracias al apoyo del Rectorado de esta Universidad y de la Dirección de la Biblioteca Central, quienes han estado interesados en preservar valores y riquezas trascendentes, el Archivo José María Arguedas ha ido incrementándose con importantes documentos de Arguedas y sobre Arguedas; una muestra de ello son las cartas que ahora presentamos.

Se trata de cuatro cartas del escritor dirigidas a Fernando de Szyszlo, entre 1958 y 1964, y un oficio que firma en tanto Director de la Casa de la Cultura; una carta a Blanca Varela, de 1962; cuatro cartas a Mario Vargas Llosa escritas entre 1964 y 1969; cuatro, al arqueólogo Duccio Bonavía, entre 1962 y 1964, y una más, a pedido de Bonavía, dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores; una carta a Haydée Castagnola, de 1964 y; finalmente, una postal al médico gastroenterólogo Germán Garrido Klinge, de 1958.

Enterados por nosotros de la existencia del Archivo José María Arguedas, los propietarios de las cartas juzgaron conveniente entregárnoslas para su conservación a fin de contribuir al mejor entendimiento y difusión de la obra de tan destacado personaje de la cultura peruana.

* Encargada del Archivo José María Arguedas de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Por ello, debemos agradecer a cada uno la confianza depositada en nosotros y su generosidad por donarnos los documentos y permitirnos su publicación. Agradecemos, por igual motivo, a la Sra. Sybila Arredondo, quien nos ayudó, además, a descifrar varias palabras ilegibles y a precisar escritos o personajes aludidos.

Cuestiones de orden nos llevan a presentar las cartas de acuerdo al tema y a los destinatarios. En primer lugar, presentamos las cartas a personajes vinculados al arte y a la literatura. El orden de aparición es alfabético. Las cartas de Arguedas a Fernando de Szyszlo y a Mario Vargas Llosa están precedidas de testimonios de los mismos respecto a su relación con el autor. Dichos testimonios fueron vertidos y publicados anteriormente y, al igual que las cartas, ilustran pormenores de la relación.

Es importante destacar que, en las cartas a Fernando de Szyszlo, Arguedas pone en evidencia una preocupación central en su vida: el destino de la cultura latinoamericana, al que está unido el destino de la cultura peruana y, dentro de ella, el de la andina. En la carta que le escribe luego de finalizar sus estudios en Europa y de llegar a Río de Janeiro, ciudad que Szyszlo le habría descrito con entusiasmo, comenta impresionado la amabilidad que ha notado entre sus habitantes. Advertir interrelaciones sociales distanciadas del cálculo y el pragmatismo motiva la pregunta que dirige a su amigo artista:

¿No puede la cultura latinoamericana mantener a través de todo su futuro desarrollo y perfeccionamiento este tipo distinto de relación ente los hombres, más cálido, más cordial, más íntimo que el encasillamiento fatal, el aislamiento creciente en que parece concluir el occidental?

Esta interrogante tiene asombrosa actualidad ante los fenómenos de globalización que vivimos. La preocupación que la motiva es luego desarrollada por Arguedas en la ponencia que tituló “La cultura: un patrimonio difícil de colonizar” presentada en el XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, realizado en Buenos Aires, en setiembre de 1966. Acudió al evento, precisamente en compañía de Fernando de Szyszlo y de Francisco Miró Quesada, quienes compartían —y comparten— con Arguedas la necesidad de defender las singularidades culturales, la necesidad de entrar al proceso de universalización marcado por Occidente al aportar —y conservar— los elementos propios, la necesidad de considerar la autenticidad como un valor que solo se logra afianzándose en las raíces y en la tradición, de la propia cultura. Esta misma posición es aún defendida en foros y conferencias por Fernando de Szyszlo, quien ve en el arte un refugio y una posibilidad de revertir la tendencia a la homogenización cultural que acompaña a la globalización.

Presentamos, luego, la carta de Arguedas a Blanca Varela precedida de un artículo que ella escribió en 1962 sobre la importancia de su amigo en el seno de la cultura peruana y latinoamericana. Era necesario reproducirlo para entender el contenido de la emotiva carta que entonces él le dirigió.

Las cartas de Arguedas a Mario Vargas Llosa contienen revelaciones acerca de su estrecha relación con el escritor andino; acerca del afecto —casi filial— que Arguedas le profesó, unido a una correspondida admiración. En una de ellas, Arguedas comenta a Vargas Llosa un importante artículo sobre la obra arguediana que acababa de publicar el joven escritor en la revista *Marcha* de Montevideo —el mismo que luego publica aquí la revista *Visión del Perú*—.¹ Era la segunda publicación que Vargas Llosa dedicaba a la obra de Arguedas, pues la primera apareció en 1955.

Con el título de “Arguedas descubre al indio auténtico”, Vargas Llosa destaca en 1964 valores fundamentales de la producción literaria —y antropológica— del escritor andino, valores que, estima, aparecen por primera vez en las letras peruanas. Consideramos importante recordarlos ahora para situarnos mejor frente al contenido de las cartas.

Vargas Llosa sostiene que es recién con Arguedas que el indio ingresa en la literatura peruana. Ello ocurre porque, a diferencia de otros escritores representantes de distintas corrientes literarias —modernistas, hispanistas y aun indigenistas—, Arguedas tiene un conocimiento profundo del indio y del mundo andino por haberlo vivido directamente: “habla de la sierra como de sí mismo”. A su experiencia y conocimientos, se suman extraordinarios dotes de creador, de allí la importancia de su obra. Tales méritos hacen que Vargas Llosa lo ubique al lado de Vallejo en tanto iniciadores de la literatura propiamente peruana. Arguedas y Vallejo habrían logrado superar las contradicciones de la literatura existente hasta entonces. De esta manera, Vargas Llosa otorga indirectamente a Arguedas la misma ubicación que anteriormente había concedido Mariátegui a Vallejo dentro del proceso de gestación de la literatura peruana. Mariátegui sostenía que, en el proceso de la literatura en el Perú, la poesía se iniciaba con Vallejo por ser el primer poeta que expresa con autenticidad al indio. Lamentaba también Mariátegui, que aún no existiese un equivalente de Vallejo al interior de la narrativa; este vacío en la literatura obedecía a que no había brotado aún el narrador que, proviniendo del ande, pudiese expresar con autenticidad el problema del indio. El artículo de Vargas Llosa demostraría, de

¹ No habiendo conseguido la versión de *Marcha*, trabajamos con la versión que se publica aquí, con igual título, en *Visión del Perú* 1. Lima, agosto de 1964, pp. 3-7.

manera indirecta, pero con incuestionables fundamentos, que Arguedas había llenado este y otros vacíos.

Conocimiento, experiencia y adhesión al mundo andino, además de dotes literarios, permiten a Arguedas que su obra sea pura, en el sentido clásico, en tanto “búsqueda simultánea de la belleza y la verdad” y, al mismo tiempo, testimonial. Según Vargas Llosa, los aportes de Arguedas no son solo formales —destinados a lograr la impresión de autenticidad que nos ofrece— sino de fondo; estos obedecen a sus conocimientos de la realidad social andina: es el primer escritor que describe al indio “como es en realidad: un ser múltiple”. Gracias al testimonio de Arguedas, podemos conocer las características de la personalidad del indio, quien

[...] no es obsecuente, ni servil, ni mentiroso, ni hipócrita, pero su conducta lo es en determinadas circunstancias y por necesidad [...] en la vida interna de la comunidad el indio no se humilla jamás, abomina de la mentira y tiene la religión del respeto a las normas morales que se ha dado.

Pero Arguedas nos descubre, además, el verdadero sentido de la actitud del indio frente al blanco al revelarnos el mundo de sus sueños y ambiciones escondidos en su alma. Al expresarnos esta compleja realidad, sostiene finalmente Vargas Llosa, Arguedas revela, asimismo, el verdadero sentido de los procesos de transculturación, occidentalización del indio e indianización del blanco.

Este conjunto de apreciaciones sinceras, apasionadas y profundas sobre la trascendencia de Arguedas son recibidas con cariño, gratitud y reconocimiento por el aludido, sentimientos que aparecen constantes hasta su muerte, como apreciaremos en las cartas.

Luego, presentamos cartas de Arguedas a Duccio Bonavia y a Haydée Castagnola cuyo contenido está directamente vinculado a la arqueología y la etnología peruanas e, indirectamente, a la política local. Ellas evidencian que ambas disciplinas constituyeron una preocupación fundamental en la vida de Arguedas.

En estos casos, también anteceden a las cartas testimonios de los destinatarios. El de Duccio Bonavia ilustra aspectos poco conocidos de la relación de Arguedas con la arqueología peruana. Por esta misma razón, considero necesario confeccionar muchas de las notas explicativas que acompañan las cartas que nos entregó.

Es interesante destacar que, en las cartas a Bonavia, Arguedas no solo demuestra su interés auténtico por la arqueología y por la marcha de los museos, en tanto medios destinados a lograr el gran objetivo de revalorización de la

cultura andina, pasada y actual, sino que se evidencia su entrega total a cada uno de los proyectos que emprende desde sus diversos puestos laborales. Ello significó la lucha diaria con el elemento humano, contra intrigas y personalismos. Y en este afán nos descubre otro rasgo característico de su personalidad —que es reconocido y comentado por él en una de las cartas a Vargas Llosa—: su modestia. Vargas Llosa había mencionado su “conmovedora modestia”. Ella, en efecto, se hace evidente en su práctica laboral diaria. En medio de un ambiente de trabajo marcado por la competencia, destaca su falta de interés por la figuración o el reconocimiento. Dedicar, por el contrario, energía y fuerzas en solucionar las relaciones de sus colegas, entorpecidas por estos intereses tan ajenos a él. Tal actitud determina su permanente inclinación por identificarse, ayudar o favorecer a las personas a quienes percibe con algún tipo de marginación o poco populares. También se aprecia, en estas y en las demás cartas de esta época, el malestar causado por la injerencia de la política partidaria en la marcha institucional.

Dejamos para el final, la postal que Arguedas dirige a su médico, el gastroenterólogo Germán Garrido Klinge, precedida igualmente de un interesante testimonio sobre algunos contenidos de las dolencias neurofisiológicas que padeció el escritor desde temprana edad.

Como lo hemos hecho en anteriores oportunidades, reiteramos ahora las consideraciones que nos produce siempre publicar cartas personales, especialmente cuando en ellas se alude a terceras personas. No es nuestra intención crear resentimientos, por eso recordamos que, en estos documentos, generalmente se vierten opiniones y comentarios motivados por cuestiones afectivas ante determinadas circunstancias; en ellos —como en la mayor parte de las relaciones humanas—, influye decisivamente la percepción que se tiene del interlocutor.

De todas maneras, consideramos que es justo brindar este mismo espacio y nuestra asistencia desinteresada a quienes deseen comentar o corregir alguna alusión en las cartas que publicamos ahora. Es solo la necesidad de conocer cabalmente a un autor tan complejo y trascendente para la cultura peruana que nos lleva a compartir con lectores y estudiosos los mencionados documentos.

Con la publicación de estos documentos, esperamos llamar la atención de todas aquellas personas que aún posean cartas de Arguedas para que se animen a entregárnoslas en custodia. Estas quedarán bien cuidadas en un lugar especialmente acondicionado para la conservación de documentos antiguos, con la reserva adecuada —si así lo decidiese su propietario, como ya se han dado casos— o con las facilidades para su consulta y difusión, tal como las que ahora presentamos.

Queremos, finalmente, agradecer —y reconocer muy enfáticamente— la obra realizada por la Dra. Mildred Merino de Zela al frente del Repositorio José María Arguedas del Instituto Riva-Agüero. Con singular visión sobre la trascendencia de este escritor, inició la tarea de recopilación y ordenamiento de su obra y nos trazó la ruta a seguir en favor de la cultura peruana.

1. ARGUEDAS Y FERNANDO DE SZYSZLO

1.1 *Testimonio de Fernando de Szyszlo*²

Él era 14 años mayor que yo. Es que en la Peña Pancho Fierro todos eran mucho mayores. Sebastián Salazar Bondy me presentó a José María, lo encontramos en una librería maravillosa, en el jirón Carabaya, que se llamaba Crédito y Editorial Ayza, ahí caía todo el mundo. Yo no sabía que él vivía en mi barrio. Nos invitó a la Peña y luego fuimos siempre, así pude conocer lo maravilloso que era José María. Ya estaban publicadas *Agua*, *Yawar Fiesta*, pero no las había leído. José me enseñó lo que era el pueblo indígena peruano, el de hoy, el que está vivo. Conocí los cantos, la música del Ande; él publicó un libro que se llamaba *Canciones y Cuentos del pueblo quechua*, que es lindo. Tocaba maravillosamente la guitarra. Para mí lo quechua era lo precolombino, eso lo tenía desde antes, pero no estaba al tanto del mundo que me mostró. Sin embargo, José no tenía interés por lo precolombino: la Peña Pancho Fierro era el interés por el Perú quechua vivo, de las tradiciones y bailes actuales. Creo que ahí hubo una buena interconexión. En la Peña comenzaron a aparecer huacos y nosotros supimos apreciar el arte popular. La colección de Alicia Bustamante —la hermana de Celia, su esposa— era inolvidable. Luego Celia regaló la mitad a la Casa de las Américas y la otra mitad al Museo de San Marcos.

— ¿Por qué lo quería tanto?

— Por el candor, por la inocencia que tenía. Era un hombre puro, del campo, el buen salvaje de Rousseau. Claro que había leído novelas del siglo XIX, pero no era una persona versada en literatura. Él me contó que comenzó a leer *Los miserables*, en Puno. Su interés era más bien el folklore. Por eso

2 Reproducimos un fragmento del testimonio de Fernando de Szyszlo sobre su amistad con José María Arguedas. Este se encuentra en una larga entrevista realizada por Mariella Balbi al artista: *Szyslo Travesía*. Lima, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, 2001. pp. 89.

fue horrible que Cortázar lo atacara. José era una persona desprevenida, huérfana, eso fue terrible para él. Las cosas lo afectaban tremendamente [...]

1.2 Cartas de José María Arguedas a Fernando de Szyszlo

a) Nota manuscrita³

[1958]

Querido Gody: ¿Recibiste mi carta? Deseamos una foto de Don Vicente⁴ y te la solicitamos. Te extrañamos siempre. Estamos en Supe. Te pongo estas líneas desde la casa de Magné. Acabo de recibir el primer ejemplar de "Los ríos profundos".

Un abrazo a Blanca y a ti.

José María

b) Carta mecanografiada⁵

Lima, 11 de diciembre de 1958

Querido Gody:

Se me han pasado los días insensiblemente. Había decidido escribirte en cuanto llegara a Lima, pero se me acumularon papeles y correspondencia internacional que no se había contestado; luego llegaron Celia y Alicia y hubo que arreglar la casa; total, hasta ahora.

Recibí tu muy cariñosa y oportuna carta en Madrid. A pesar de la experiencia de Europa me aturden siempre las ciudades grandes; temía enfrentarme a Río sin algún auxilio. Felizmente dos empleados de la Air-France me atendieron con una solicitud increíble. Fuimos al hotel "O Globo" y como sólo alquilaban cuartos con pensión me llevaron a otro del centro, el "O key"; ellos mismos me cambiaron dinero y me dejaron instalado, después de haberme cargado con todas mis maletas en su propio automóvil. Algo muy latinoamericano. Como llegué temprano pude re-

3 La nota está escrita en papel aéreo y no tiene fecha, pero, por el contenido, puede corresponder al verano de 1958.

4 Vicente Szyszlo Varela, hijo mayor de la pareja.

5 La carta está en papel membretado del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

correr la ciudad a mis anchas. Caminé algo más de siete horas en un estado indescriptible de alegría. ¡Qué ciudad! Subí a una favela, bajé a un puerto que hay detrás de la colina y de allí regresé en un fantástico tranvía. Iba pensando en todos los seres queridos, y me acordé muy especialmente de ti. Mi pensamiento central era este: ¿No puede la cultura latinoamericana mantener a través de todo su futuro desarrollo y perfeccionamiento este tipo distinto de relación entre los hombres, más cálido, más cordial, más íntimo que el encasillamiento fatal, el aislamiento creciente en que parece concluir el occidental? No tiene por qué ser un fin ineludible de la civilización el individualismo y la reserva. —Y tomé una notas para un artículo que en ese momento pensé escribir, como continuación de mi artículo sobre París; debía “intitularse”: “París y Río”.⁶ Pero estuve de mala suerte. Al subsiguiente día la temperatura subió monstruosamente, hasta 43 a la sombra y me enfermé. Tuve que guardar reposo y cambiarme de hotel y perdí casi dos días de mi articulejo sobre París. Me siento eufórico porque he recibido las más cariñosas felicitaciones por este trabajo. Cartucho⁷ me llevó una a la casa, por escrito, porque temió no encontrarme; Carlitos Radragaz⁸ me envió otra conmovedora y recibí algunas llamadas telefónicas: Estoy pues feliz, pues creo haber pagado mi tributo a París, y si puedo, volveré un poco como quien ha conquistado mediante paga justa su derecho a gozar de ese paraíso. También te digo que muero si no logro escribir algo sobre esa nuestra universal patria común. Marc fue gentilísimo, un verdadero camarada, conmigo. Le escribí de Madrid advirtiéndole que me vería en la necesidad de pedir su auxilio, por ese invencible temor que siento hacia las grandes ciudades. A Clarita no pude verla. Pero no importa; vi otras iguales que ella y aún mejores. ¡Qué negritas, Gody! He sido dichoso con verlas. Tuve la suerte de encontrarme una noche con un gran carnaval que representaban en la calle para una película. Es indescriptible. ¡Qué flores misteriosas, tan llenas de la sabia de los árboles y de la tierra son las negritas! ¡Qué mundo ese de Río, y tan nuestro! Comprendo perfectamente lo fuerte que ha de ser para ti la vida entre los gringos. Sin duda el mayor peligro que amenaza a la humanidad es el materialismo brutal, la prosperidad económica tomada como único fin, como único ideal. Incluso hay una apuesta mortal entre las potencias ma-

6 Arguedas no llegó a publicar tal artículo.

7 Se trata del sobrenombre de su amigo Luis Miró Quesada Garland.

8 Se refiere probablemente al crítico de arte Carlos Rodríguez Saavedra.

yores para encadenar el espíritu a esta empresa. La "cultura" es una empresa a la que se le dedican sólo palabras demagógicas. ¿Qué hacer? El programa que te planteas es valiente y honrado. Me halaga que me lo hayas comunicado. Tiemblo ante cada caso de artista que se vende, que empeña su alma para ganar dinero y comodidad que acabarán por pudrirlo más pronto. Creo que he llegado a amar, acaso con exceso, mi bien amada pobreza. Te confieso que me siento bien en los sucios ómnibus de Lima, junto a los cholitos y zambos. Me parece que así no me faltarán nunca lo que en mí hay de humildad y de popular. Ha de ser espantoso creerse distinto y mejor que ellos.

Son otras cosas las que uno sufre aquí. Hace poco escribí un artículo sobre una "novela" con que Sofocleto⁹ ganó el concurso Mejía Baca.¹⁰ Sebastián y Mejía hicieron lo imposible para que no saliera; y como salió, le quitaron la palabra a Arturo Salazar¹¹ que se empeñó en la publicación. Después se han fabricado respuestas a mi artículo, pero a mí no me publican ya lo que escribo para contestar a quienes cómodamente me atribuyen todas las ideas y gustos que se les da la gana. Estamos todavía en la barbarie o "pior" que antes. ¡Qué le haremos! Sofocleto es ahora una especie de dictador de los dos únicos periódicos de Lima, a pesar de que ambos periódicos son enemigos mortales entre sí. Es algo descomunal.

Vi una foto del caballerito Vicente. Es un sujetazo, una especie de Hércules chiquito. Ya me explico la felicidad de los padres. Me dice Nelly¹² que Blanca ha resultado una madre modelísima, que no sale aún pudiéndolo hacer, porque prefiere cuidar a su pequeño. Muy bien. Nosotros, con el matrimonio de Nita,¹³ nos hemos quedado sin hijos y chochamos algo pensando en los hijos de los amigos. Inés Lucinda me amaba mucho y es-

9 Sobrenombre del humorista Luis Felipe Angell.

10 El artículo mencionado por Arguedas que comenta la novela *La tierra prometida* de Luis Felipe Angell es "¿Una novela sobre las barriadas?". En *La Prensa*. Lima, 4 de diciembre 1958, pp. 10. Este artículo dio lugar a una serie de publicaciones de diferentes escritores y críticos. Arguedas escribe un segundo artículo, con similar título, también en *La Prensa*, el 23 de diciembre de 1958, pp. 16.

11 Se refiere a Sebastián Salazar Bondy, a Juan Mejía Baca y a Arturo Salazar Larraín, periodista y pariente político de Arguedas.

12 Se refiere a Nelly Varela, cuñada de Szyszlo y madre de las niñas que menciona luego: Inés Lucinda y Verónica Sarria Varela.

13 Nita Zapata Bustamante, sobrina querida de Celia y Alicia Bustamante.

pero conquistar a Verónica, cuando esté ella en aptitud de elegir conscientemente.

Bueno, queridísimos Blanca y Gody, escribánnos algunas líneas de vez en cuando que bien lo necesitamos para soportar las penas. Un abrazo de Celia y Alicia y de vuestro buen,

José María

c) Carta mecanografiada¹⁴

Lima, 15 de diciembre de 1959

Querido Gody:

Estoy asombrado de haber dejado pasar tanto tiempo sin escribirte. Claro que ocurrieron cosas que me tuvieron abrumado. Especialmente las "bolas" que ahora se han hecho cotidianas y cada vez más conocidas; estoy lo que se llama "frecotonizado"¹⁵ hasta la médula. Por fortuna el año está por concluir y mi compromiso con la U. se ha de acabar. Francamente, nunca me sentí tan fastidiado como en estos últimos tiempos; estoy sin ánimos, con muy poco entusiasmo, aún para planear algún viaje para las vacaciones. Espero que pueda recuperarme algo, poco a poco.

Te agradezco muchísimo por la prontitud con que accediste a mi pedido respecto a la viñeta. Este aparente pequeño asunto se ha hecho también difícil. No es posible presentar algo que convenza a todos: por otra parte, como te dije, deseábamos que el dibujo o la viñeta representara algo directamente inspirado o tomado de nuestras tradiciones y que fuera reconocido enseguida como un símbolo peruano, por lo menos por los que tienen alguna información acerca de nuestro país. En este sentido tu proyecto resultaba siendo demasiado implícito. Muelle¹⁶ nos recomendó que tomáramos el quipo como símbolo. Es una buena idea; el quipo re-

14 La carta está en papel membretado del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Las dos últimas líneas son manuscritas.

15 Adjetivo usado por Arguedas y el grupo de amigos artistas que integraban Aleja Rescaniere y otros alumnos de Sabogal. Ver Testimonio de Alejandro Ortiz Rescaniere en ORTIZ RESCANIERE, Alejandro. *José María Arguedas. Recuerdos de una amistad*. Lima, PUCP, 1996, pp. 173.

16 Se refiere Jorge Muelle, quien, por entonces, estaba a cargo de la Dirección de Arqueología e Historia del Ministerio de Educación.

presenta la historia, la memoria de lo pasado y es un invento típico del Perú. En un libro encontramos fotografías admirables que por sí mismas tenían suficiente valor decorativo. Sobre la base de alguna de estas fotos Alicia ha hecho un dibujo que es completamente objetivo. Ahora estoy batallando inútilmente por encontrar un diseño adecuado que armonice el dibujo con la disposición de los textos. Creo que no conseguiremos nada completamente satisfactorio. Es lástima que no estés a nuestro lado para que nos auxilies.

Emilio¹⁷ llegó hace algunos días. Está bastante abatido; ha tenido muchas fatalidades personales y ahora se le ha enfermado una hermana y parece que hay riesgo de que sea algo serio. Tú sabes cómo se le prenden a uno la cadena de acontecimientos contrarios.

Le he enviado sólo hace unos días el libro a Octavio Paz; porque estuvo aquí Mejía Valera, un joven escritor peruano que reside y trabaja en México. Él ha llevado tres ejemplares y parece que realmente está muy bien vinculado en México; ha publicado allá un libro de relatos titulado "Lienzos de sueño", muy bien escrito. Creo pues que no será ya necesario que le digas a Paz que trate de que el libro será difundido en México. Será mejor esperar lo que él desee hacer por sí mismo.

Persona esta desmedulada carta; así me encuentro. Todo nuestro afecto a Blanca y el caballerito. Un abrazo de

José María

d) Postal manuscrita ¹⁸

[1961]

Querido Gody:

Estoy delirante con este país. Vine en condiciones de salud próximas al colapso. Me siento como resucitando. Ayer vi una procesión en un pueblo próximo. ¡Qué infinita belleza en el hombre y en sus obras! ¿Qué hemos

17 Se refiere a Emilio Adolfo Westphalen.

18 La foto que tiene la postal es de unos indígenas que entran a la Iglesia de Chichicastenango en Guatemala. No registra fecha, pero seguramente corresponde a los meses entre marzo y mayo de 1961, época en que Arguedas viaja a Guatemala becado por la Organización de Estados Americanos

de hacer para no seguir retrocediendo en lo que a esto se refiere? Quisiera [cruzar] del todo y [resucitar]¹⁹ con mis fuerzas de antes. Los recuerdo siempre. No descuides de ponerte en contacto con el pueblo no sólo a través de las muestras y de los libros sino en forma directa. Tengo fe en tu talento e inspiración pero temo bastante por el ambiente que te rodea. Anda a Ayacucho. Busca el barrio de Carmenca. ¡Es tan fácil! y lleva a Blanca. Tú dirás que así ya no es tan fácil. Recuerdos a Nelly y Ricardo, a Lilla y Magné, a Manongo.²⁰ Un abrazo, José María
Creo que es algo ingenuo lo que te digo.²¹

e) Resolución Suprema²²

Lima, 30 de marzo de 1964

Señor Fernando de Szyszlo Valdelomar

Edificio San Nicolás

Avenida Diagonal #550-Dpto B. 1° piso

Miraflores

Of. N°. 440 CNC

Con fecha del 23 del mes en curso se ha expedido la siguiente Resolución suprema N°. 225:

“CONSIDERANDO:.- Que en el artículo 2° del Decreto Ley N°. 14479 de 9 de Mayo de 1963 se establece que “todas las entidades culturales creadas y por crearse mediante disposiciones legales, dependerán de la Casa de la Cultura del Perú; —Que la Comisión Nacional de Cultura ha aprobado el plan de organización de la Casa de la Cultura del Perú presentado por el Director de la misma; —Que dicho plan considera los organismos que en escala nacional realizarán las altas finalidades que a la Comisión Nacional de Cultura le ha encomendado el Estado; —Que asimismo se ha contemplado en dicho plan la necesidad de renovar la estructura ad-

19 Entre corchetes proponemos palabras que podrían ser equivalentes de las originales. ilegibles.

20 Se refiere a los amigos comunes: Nelly Varela de Sarria, Ricardo Sarria, Lilla Yábar, Manuel Checa Solari y, probablemente, a Manuel Mujica.

21 Esta última oración aparece en la parte superior de la postal.

22 El documento, expedido por José María Arguedas, está mecanografiado en papel membretado y sellado de la Casa de la Cultura. La firma y la dirección son manuscritas.

ministrativa y técnica de las instituciones especializadas a fin de que puedan realizar con mayor amplitud y eficacia sus fines específicos; —Que para la consecución de los objetivos señalados en el considerando anterior, se ha incrementado la economía de dichas instituciones, hecho que le permite contar con un personal y servicios adecuados; SE RESUELVE: —1° NOMBRAR a don FERNANDO DE SZYSZLO VALDELOMAR, con la categoría de Oficial 1° y a partir del 1° de Abril de 1964. —2° El egreso que origine la presente Resolución, se abonará con cargo a la Partida correspondiente al Presupuesto Analítico del Museo Nacional de Antropología u Arqueología. —3° El citado nombramiento se encuentra afecto al impuesto establecido por la Ley N° 6658 —Regístrese y comuníquese.- RÚBRICA DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.- (FDO.)

MIRO QUESADA, Ministro de Educación Pública."

Que tengo el agrado de transcribir a Ud. Para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios guarde a Ud.

José María Arguedas

Director

CNC.

MLb.

2. ARGUEDAS Y BLANCA VARELA

2.1 Artículo de Blanca Varela sobre José María Arguedas: "José María Arguedas está entre los grandes autores de América"²³

El niño pequeño no tendría más de tres años. Hundía el rostro en su escudilla de mote y sorbía sus lágrimas. De pronto su rostro se iluminaba y en el fondo de él la música crecía y llenaba la cocina oscura. Una canción en la lengua en que estaba aprendiendo a quejarse y a reír: un huayno.

Facundacha, la sirvienta, lo tomaba entre sus brazos; doña Cayetana, india, dulce, cocinera, madre, le sonreía desde el fogón. Victo Pusa le acariciaba la frente con su fuerte mano de picapedrero. Estaban todos, el "concertado" Felipe Maihua; José Delgado, el lacayo; todos los peones, los humildes, la verdadera familia.

23 *La Prensa*. Lima, domingo 14 de octubre de 1962, p. 23.

José María tuvo muchos padres y muchas madres y no un parque de infancia a lo Proust, sino campos de alfalfa que debía regarse a medianoche, con temor y frío.

Su madre, dama de Andahuaylas, murió cuando era un niño en brazos; su padre, don Víctor Manuel Arguedas, abogado cuzqueño, enfermo imaginario, juez de paz en Puquio y nómada contra viento y marea, lo dejaba en casa de su segunda mujer, quien había destinado al hijastro a la cocina y a algo tan hermoso que puede nacer hasta de esa condición creada por el desamor: el arte.

Dueña de un corazón de piedra y de medio San Juan de Lucanas, esta señora contará con el agradecimiento eterno de la historia de la novela peruana.

¿Cómo hubieran podido nacer *Agua*, *Los Ríos Profundos*, *Yawar Fiesta*, si José María Arguedas no hubiera crecido entre sus personajes, siendo él mismo uno más entre ellos; serrano, tierno, hermético, gran lector de la naturaleza, auténtico en el canto y en la palabra, obstinado, triste, puro?

Las primeras letras las aprendió en la escolita de San Juan de Lucanas; el cuarto de primaria lo cursó en Abancay, la secundaria, o parte de ella, en Ica. Por esos años vino la revelación. Nació la vocación de un descubrimiento realizado en la hacienda Huayuhuayu, a orillas del Apurímac, propiedad de un pariente materno y escenario que podemos identificar con un pasaje de *Los Ríos Profundos*.

La hacienda tenía una capilla colonial y una lujosa biblioteca, polvorienta y sin visitantes: José María descubrió allí un libro: *Los Miserables*.

¿Quién diablos sería ese Víctor Hugo? Lo cierto es que al terminar el libro había nacido un novelista. Arguedas comenzó a escribir y no ha cesado de hacerlo no obstante que las circunstancias, a veces, se han empeñado en convertirlo en otras cosas: empleado del Correo de Lima. Profesor de colegio y brillante etnólogo.

La vida para los serranos no era dulce en Lima cuando Arguedas vino por primera vez, a los ocho años, en uno de los tantos viajes que acompañó a su padre por el Perú.

Los muchachos nos perseguían a todos los serranos del barrio, nos insultaban, se burlaban de nosotros. Acabábamos refugiándonos en la Iglesia de San Francisco que quedaba cerca para librarnos de sus asaltos.

En 1931 Arguedas volvió a Lima. Tenía veinte años y esta vez venía a la Universidad. Todo fue diferente para el joven “recién bajado”. Era un escritor.

El padre muerto y la familia india detrás del Ande eran ya parte de su corazón y de su espíritu. Conoció a los primeros amigos: Emilio Adolfo Westphalen, Alberto Tauro, Luis Felipe Alarco.

El novelista se casa en 1939 con una mujer inteligente, gran lectora y compañera, de la mejor estirpe espiritual: Celia Bustamante Bernal.

Dos mundos se abrazan y no pueden separarse más y crean otro, el del poeta que relata con voz castellana lo que vivió en quechua. El resultado es brillante. En 1933 aparece en *Signo* su primer cuento “Warma Kuyay” (“Amor de Niño”); en el 33 y el 34 los lectores de *La Prensa* de Lima encuentran su firma en las páginas literarias; en el 35 aparece el primer libro: *Agua*; el 38 *Canto Quechua*; el 40 *Yawar Fiesta*; el 49 *Canciones y Cuentos del Pueblo Quechua*; el 54 *Diamantes y Pedernales*; el 59 *Los Ríos Profundos*; el 62 *El Sexto*, “La agonía de Rasuñiti” y “El Haylly (Himno) a Túpac Amaru”.

Esta valiosísima obra de nuestro mejor prosista y uno de los primeros de la América Latina, ha sido creada paralelamente a otra labor, la del etnólogo.

José María Arguedas está concluyendo actualmente un valioso trabajo de investigación que se titula “Estudio Comparativo de las Comunidades de Castilla (Zamora) y el Perú”; 350 páginas que pudo documentar gracias a un viaje a España que realizó becado por la UNESCO. Al mismo tiempo escribe su próxima novela, cuyo nombre provisional es “Jonás”. Trabaja en ella desde hace seis años y ha debido abandonarla muchas veces para entregarnos en esos intervalos otras producciones, algunas literarias y otras etnológicas.

Traducidos al francés, ruso, alemán e inglés, sus libros han alcanzado tal difusión en el extranjero que han ocasionado el hecho de que Arguedas sea invitado incesantemente a reuniones y congresos internacionales de escritores. En estos momentos José María Arguedas se encuentra en Alemania, donde ha viajado para participar en el Coloquio de Escritores Alemanes y Latinoamericanos que tiene lugar en Berlín Occidental.

La más importante editorial francesa, Gallimard, está imprimiendo *Los Ríos Profundos*; pero esta vez, estamos seguros de ello, la crítica francesa con todas sus excelencias no nos hará descubrir a uno de los nuestros.

2.2 Carta mecanografiada

Lima, 28 de Octubre de 1962²⁴

Muy querida y recordada Blanca:

He leído con un sentimiento absolutamente nuevo tu nota de “La Prensa”. Nunca antes había sido conmovido de ese modo por nada que gene-

24 Las notas explicativas de esta carta fueron confeccionadas por Fernando de Szyszlo.

rosamente se escribió sobre mis trabajos. En tu nota hay una admiración pura y sencilla, casi tierna. Me sorprendió algo —te lo confieso— que hubieras alcanzado a expresarte con tanta limpidez en el sentido de que la poetiza inteligentísima está presente sin el más leve indicio de reflexión cerebral, exento hasta diría que de la huella de “agudeza” que la mentalidad urbana, muy urbana muestra, no como un defecto sino como una característica que frecuentemente no le permite sumergirse en ciertos otros mundos “extraños”. La nota me regocijó por eso. La luz de nuestro pueblo está en las líneas que has escrito, tu amor por el Perú hermoso, cruel y dulce, y tan lleno de significado y de promesa ilimitada. Es decir que, de veras, mi niñez terrible me hizo beber para siempre la “esencia” de nuestro pueblo quechua, y que esa herencia continúa en mí, quizá mantenida por mis “bolas” indisolubles, mi insomnio incurable y otros bienes.

Los recordé mucho en lo alto del Castillo de Salzburgo donde hice un juramento por escrito prometiendo no tener más acideces estomacales ni depresiones ni insomnios: pero no se puede dominar así como así al “organismo”. Las acideces han vuelto, pero mi juramento queda y estoy trabajando en la malhadada tesis sobre las comunidades de Castilla y el Perú que ya tiene 500 páginas. Me faltan todavía, creo unas 150. Luego reiniciaré mi novela.

Ayer, precisamente, decíamos que con el viaje de Uds. y de los Moreno Jimeno hemos perdido la mejor compañía. Están los Cueto, pero Carlos está tan embargado por su trabajo que creo que dentro de pocos días se trasladará “cama adentro” en la Biblioteca.

Yo sé que Uds. no dejarán de pensar en nosotros. Siento o sentimos por tí y Gody la más enaltecedora y feliz admiración y amor. Yo escribiré algo sobre Gody, de repente.

Supongo que Alberto²⁵ les habrá contado los sucesos del mediocre coloquio de Berlín. A Alberto lo admiraba, ahora lo quiero mucho. Es de los que solemos llamar con una voz que únicamente Gody y yo, y a veces Tenaud²⁶ podemos usar: ¡F O R M I D A B L E! Ni siquiera se han atrevido a imitarnos a no ser tú, a quien hemos dispensado siempre estas libertades porque tienes gracia y eres mujer.

Aunque lo veía poco Gody chico me encantaba. Está presente siempre en su dulzura tan varonil. Lo recordé cuando corría a cuatro patas perse-

25 Alberto Escobar. (F. d S.)

26 Ricardo Tenaud. (F. d S.)

guido por Isabel Hillaire Zapata²⁷ o cargándola. Casi lloré de felicidad de ver a nuestra pequeña completamente feliz. Los recuerda muchísimo.

Anoche grabamos los cantos —una décima parte— del *Compadre Atoqcha*.²⁸ Estuvo F O R M I D A B L E y ya lo tenemos en cinta. No lo reconocerían. Se ha engordado mucho con el matrimonio y ahora viste como un obrero. Pero es lo más grande que he oído.

Espero que nos escribirán algoito de vez en cuando y que continuarás ahora tu trabajo de creación. Te envío, como una curiosidad, el jaylli al jet que escribí en el avión.

Un cariñoso abrazo de Celia y de vuestro buen

José María

3. ARGUEDAS Y MARIO VARGAS LLOSA

3.1 Testimonio de Mario Vargas Llosa: "Una relación entrañable"²⁹

Aunque he dedicado al Perú buena parte de lo que he escrito, hasta donde puedo juzgar la literatura peruana ha tenido escasa influencia en mi vocación. Entre mis autores favoritos, esos que uno lee y relee y llegan a constituir su familia espiritual, casi no figuran peruanos, ni siquiera los más grandes, como el Inca Garcilaso de la Vega o el poeta César Vallejo. Con una excepción: José María Arguedas. Entre los escritores nacidos en el Perú es el único con el que he llegado a tener una relación entrañable, como la tengo con Flaubert o con Faulkner o la tuve de joven con Sartre. No creo que Arguedas fuera tan

27 Isabel Hillaire es la hija de Nita Zapata Bustamante, la sobrina adorada por José y Celia. Vive en París. (F. d S.)

28 Atoqcha, músico querido y admirado por José María Arguedas. (F. d S.)

29 Tomado de las primeras líneas de su ensayo dedicado a Arguedas *La utopía arcaica*. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. pp. 9-10. Anteriormente, dedicó a Arguedas los siguientes artículos, algunos de los cuales son mencionados en estas cartas: "José María Arguedas" en *El Comercio*, Lima, 4 de setiembre de 1955, pág. 8; "José María Arguedas descubre al indio auténtico" en *Visión del Perú* I, Lima, agosto de 1964, pp. 3-7; "Los ríos profundos" en *Casa de las Américas* 35, La Habana, marzo-abril de 1966, año VI, pp. 105-109; "Tres notas sobre Arguedas" en *Nueva novela latinoamericana*, Buenos Aires: Paidós, 1969, pp. 217-221; *José María Arguedas entre sapos y halcones*, Madrid: Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978; "Literatura y suicidio: el caso de Arguedas (*El zorro de arriba y el zorro de abajo*)".

importante como ellos, sino un buen escritor que escribió por lo menos una hermosa novela. *Los ríos profundos*, y cuyas otras obras, aunque éxitos parciales o fracasos, son siempre interesantes y a veces turbadoras.

Mi interés por Arguedas no se debe solo a sus libros; también, a su caso, privilegiado y patético. Privilegiado porque en un país escindido en dos mundos, dos lenguas, dos culturas, dos tradiciones históricas, a él le fue dado conocer ambas realidades íntimamente, en sus miserias y grandezas, y, por lo tanto, tuvo una perspectiva mucho más amplia que la mía y que la de la mayor parte de escritores peruanos sobre nuestro país. Patético porque el arraigo en esos mundos antagónicos hizo de él un desarraigado. Su vida fue triste, y traumas de infancia, que nunca llegó a superar y que dejan un reguero de motivos en toda su obra, sumados a crisis de adulto, lo condujeron al suicidio. En su caso y en su obra repercute de manera constante la problemática histórica y cultural de los Andes y la del escritor latinoamericano: su escasa articulación y su difícil acomodo con el medio; sus aciertos y yerros políticos, sus responsabilidades morales, sociales y culturales; las presiones a que debe hacer frente y cómo ellas inciden en su vocación, estimulándola o destruyéndola. En José María Arguedas se puede estudiar de manera muy vívida lo que los existencialistas llamaban "la situación" del escritor en América Latina, por lo menos hasta los años sesenta, y éste es uno de los propósitos de *La utopía arcaica*. Otro, analizar, a partir de la obra de Arguedas, en sus méritos y deméritos, lo que hay de realidad y de ficción en la literatura y la ideología indigenistas.

La utopía arcaica corona un interés por Arguedas que comenzó en los años cincuenta, cuando José María era ya un escritor consagrado y yo un estudiante lleno de sueños literarios. En 1955 lo entrevisté para un periódico y su atormentada personalidad y su limpieza moral me sedujeron, de modo que empecé a leerlo con una curiosidad y un afecto que se han mantenido intactos hasta ahora, aunque mi valoración de sus libros haya cambiado con los años. En los sesenta escribí artículos y ensayos y di charlas sobre él, y mantuvimos una buena amistad, a distancia, pues él vivía en el Perú y yo en Europa, y, aunque alguna vez nos escribimos, nos veíamos apenas, en mis anuales visitas a Lima. Desde que puso fin a su vida, luego de un período de terribles crisis emocionales, alguna de las cuales conocí de cerca, decidí escribir un ensayo sobre él, proyecto que sólo un cuarto de siglo más tarde se hace realidad [...]

3.2 Cartas de José María Arguedas a Mario Vargas Llosa

a) Carta manuscrita³⁰

Santiago 11 de octubre [1964]

Querido Mario:

Dos días antes de venir aquí leí tu artículo publicado en "Marcha" sobre mis relatos.³¹ Me lo envió un amigo de Buenos Aires.

Me conmovió tu ensayo no tanto por la coincidencia total de tus planteamientos con mis experiencias acerca de todos los autores a los que juzgas, como por la energía, la claridad y el ejemplar vigor con que expones tu análisis y tus conclusiones. Hay en tu alma generosidad e iluminada rebeldía. Ambas cosas surgen de la pasión con que vives. La verdad y el amor con que tocas a nuestros hermanos de todas partes. Reconozco en ti, con gratitud y esperanza, a la juventud peruana y de nuestra América Indígena. Ahí está el fuego purificador, la invencible y verdadera rebeldía, porque están alimentados por la vida y la sabiduría.

Como estoy algo enfermo y acepté un compromiso muy serio³² porque cumplieron con todas las condiciones iniciales que exigí, pero me enfrenté a una burocracia con rostros de piedra humillada, rostros en los que he logrado despertar la dignidad y la grandeza que brillan en el hombre cuando es respetado y [apromatizado]; el esfuerzo, la violencia que me hice, acabaron por agotarme y me vine por unos días a Santiago. Aquí he sido envuelto en otro torbellino.

Leí tu artículo. Mi esposa lo leyó en voz alta y mi exaltación fue haciéndose cada vez más intensa. Soy fácil para el llanto cuando las tensiones me agotan. Lloré cuando proclamas mi humildad, porque es la virtud más estimada. No he considerado jamás el trabajo del intelectual como

30 La carta se encuentra escrita en papel corriente. No registra el año, pero, por el contenido, parece corresponder a 1964.

31 No hemos podido encontrar tal artículo de *Marcha*, pero es probable que se trate del mismo que Vargas Llosa publica en la revista *Visión del Perú* con el título de "José María Arguedas descubre al indio auténtico". *Visión del Perú* 1, Lima, agosto de 1964; pp. 3-7.

32 Se refiere, probablemente, a su cargo de Director de la Casa de la Cultura, cargo en el que permanece de setiembre de 1963 a agosto de 1964.

de mayor valor que el del obrero y del campesino. Esta evidencia, como has de comprender, es fruto de la vida y no de las deducciones racionales.

Querido Mario: he concluido de escribir, en seis meses continuos, una novela empezada hace ocho años. Es extensa y he pretendido mostrar una especie de corte transversal de nuestro país. Se llama, por eso, "Todas las sangres" y ojalá que sea tan verdadera como me parece. Tiene muchos personajes y es muy dinámica, sin detenimientos. El personaje indígena más importante muere fusilado, y el viento cubre su cadáver con el llanto de un gigantesco pisonay que derrama incontinentemente sus flores rojas. Luego las montañas se ponen en marcha. Los indios han invadido las haciendas; la tierra llamea; un ruido profundo llega a Lima, pero el banquero "El zar" no lo puede escuchar.

Era necesario que aparecieras. Los narradores jóvenes carecían de [garra], el Perú lo da más que otros países. En ti escuchamos, o he escuchado en tu ensayo la voz poderosa de nuestro hermoso e infinito país. He llorado de gratitud no como persona únicamente, sino por todos nuestros hermanos ¿Cuándo nos llegará tu novela? Te abraza

José María

Mi dirección: apartado 43. Lima

b) Carta manuscrita

26-Set. 1967

Querido Mario:

Sé que te vas mañana. No hemos podido hablar como yo necesitaba. Puedo decirte que estoy torciéndole el pescuezo a mis males o mi mal. Lucho con él desde muy antiguo. Y tuve la mala suerte de caer en el pozo mientras tú estás aquí. Pero lo que importa es que trabajé. Después de todo lo que me ha ocurrido ya no podré escribir como indio y como adolorido y rebelde mestizo o como medio señor. Tengo que hacerlo como hombre medio viejo de nuestro tiempo, con mi cuerpo aún metido en los torrentes de la sierra pero con los ojos llenos de la formidable experiencia de la ciudad. Debo ir a Cuba. Te ruego enviar a Fernández Retamar unas líneas rápidamente escritas. Ojalá no se frustre este proyecto.

Hubiera querido conocer a tu segundo hijo y traerle algo. Bueno. Bien sabes cuánto me estimula tanto lo que has dicho de mí, y algo más que eso, tu obra y tu conducta. Nos has resultado como esos hijos que llenan todas las expectativas de los padres y verdaderamente les dan nueva vida.

Eso que no ocurre en la vida biológica puede ocurrir en el trabajo de creación. Mi nuevo relato, novela, se llamará definitivamente "El zorro de arriba y el zorro de abajo", tomado de los mitos de Huarochirí.

Gracias por todo Mario. Miras con energía de acero; tú seguirás fuerte no sabemos hasta qué límites. Mi recuerdo cariñoso a tu esposa; te abraza,

José María

c) Carta mecanografiada³³

13 de noviembre de 1967

Querido Mario:

Recibimos tus dos cartas. Muchas gracias. Espero que llegue el joven estudiante para atenderlo. Lo haré de la mejor manera posible.

Vacilé mucho en contestar si nuestro viaje se haría por vía Europa o no porque me lo consultaban. He contestado por intermedio de Santiago que deberá ser por Europa. Me disgustaba la idea de afectarlos con el costo de un pasaje más oneroso. Aunque al recibo de ésta ya habrán recibido el cable, te agradeceré que envíes unas líneas confirmando que el viaje tendrá que ser por Europa. Así tendremos la oportunidad de mirar Londres y de charlar contigo.³⁴

No puedo dejar de decirte que estoy todavía feamente preocupado con la lentitud y retrocesos perversos con que mi cabeza se recupera, lo mismo que mi ánimo. La lectura de "Cien años de soledad" me pegó un sacudón formidable. Me faltan cincuenta páginas para concluirlo. Felizmente este Gabriel irá también a los premios. ¡Qué bárbaro! Todo el jugo de este mundo, liberado de todo tipo de convencionalismos caldea en ese libro y se te mete en los huesos. No me ha dejado dormir, porque ando tan sensible, después de mi suicidio frustrado, como uno de los innumerables personajes de la novela. Felizmente no lo vi en Lima. Hay que conocerlo luego de leer su última novela. Te diré en confianza que hay pasajes ínte-

33 La carta está en papel membretado de la Universidad Agraria. Las últimas líneas, manuscritas, son de Sybila Arredondo.

34 Arguedas llega a viajar a Cuba, vía Madrid, en los primeros meses de 1968.

gros que recogen lo que yo había soñado hacer en el nuevo libro que acaso pueda escribir todavía y cuyo título, creo que ya te dije, será "El zorro de arriba y el zorro de abajo". ¿Dónde está ahora García Márquez? Si le escribes dile que seré feliz de conocerlo. No he leído todavía tu trabajo sobre su libro.³⁵ Leo con gran dificultad y hasta sufrimiento. Pero si logro despegar, este viejo feliz los seguirá a Uds. —tú, García Márquez; Fuentes no me llega tanto— hablando en su lenguaje grueso; algo así como un coche antiguo que sabe quemar combustible de este tiempo, y sigue a los muchachos, alumbrando siempre desde lejos. No entiendo bien qué clase de trabajo has de hacer sobre mí. Pero. Como has de suponer, la posibilidad de ayudarte en un trabajo así no puede ser más grata.³⁶

Ojalá pueda llegar a Londres y conocer a tus hijos y charlar con Uds. en ese restaurant típico. Te abraza

José María

Mientras leo "Cien años..." me resuena la voz con que me hablabas de García Márquez y del libro.

Mario: te adjunto una copia de carta que enviamos a Retamar a través de mi hermano (Chile); no sé si te parece prudente volverla a mandar tú.

Un abrazo de

Sybila

d) Carta mecanografiada³⁷

14 de agosto de 1969

Querido Mario:

Ando sumamente fastidiado desde hace seis semanas. Un desventurado y gravísimo incidente familiar me ha hecho caer nuevamente en un pozo, cuando trabajaba con gran entusiasmo y lucidez. Los "Zorros" ya tienen 300 páginas, dos terceras partes. Pero ando ahora muy agobiado, sin ánimo ni recursos para intervenir en reuniones como ésta a que te han hecho

35 Se refiere, probablemente, al ensayo de Mario Vargas Llosa: *García Márquez: historia de un deicidio*, que se publicó recién en 1971.

36 En 1969, Mario Vargas Llosa publicó "Tres notas sobre Arguedas" en *Nueva Novela Latinoamericana* 1, Buenos Aires: Paidós, pp. 30-36, compilación de Jorge Lafforgue.

37 La carta está mecanografiada en papel corriente.

venir que, por lo general, son latosas y poco provechosas. Claro que, por fortuna, tú tienes como dar animación incluso a esta clase de reuniones. Espero que Ángel³⁸ y tú hagan de este “Congreso” algo que sirva de algo. Lástima que no haya podido venir Alberto Escobar. Pero allí ha de estar un joven excelente, chileno, Nelson Osorio, que escribió un precioso estudio sobre tu obra. Es brillante y profundo. También le echaré fuego a ese congreso. Yo no puedo asistir. Mi médico me lo ha prohibido, tampoco habría asistido.

No sé si te escribieron de la Editorial Forum, de Milán, pidiéndote autorización para insertar tu prólogo en la edición italiana de “Los ríos profundos”. Yo les dije que te escribieran por intermedio de Sybila. Si no lo han hecho te ruego ponerles unas líneas, con tus condiciones. Se trata, al parecer de una empresa nueva y bien equipada aunque no mucho en lo económico. Escríbele a: Goffredo Fofo.- Forum Editoriale.- V. Le Montecerniri, 62.- Milán. La firma de mi contrato depende de este arreglo contigo.

Un abrazo con todo el afecto de,

José María

4. ARGUEDAS Y DUCCIO BONAVIA

4.1 Testimonio de Duccio Bonavia³⁹

Dado que en estas cartas de Arguedas hay juicios sobre ciertas personas que aún están vivas pensé que no debía publicarlas. Que solo muerto, mis hijos podrían darlas a conocer. Pero cuando vi que se habían publicado las cartas que Arguedas le dirigiera a Murra y a la doctora Lola Hoffman, y las que le mandó a Valcárcel —en las que se habla prácticamente de los mismos personajes y de una manera u otra en ellas se vierten juicios parecidos—, me di

38 Se refiere probablemente a Ángel Rama.

39 El testimonio ha sido recogido por Carmen María Pinilla. Lima, 9 de julio del 2001. Duccio Bonavía obtuvo su doctorado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Hizo estudios de port-grado en Italia y Francia. Se ha desempeñado como catedrático en la UNMSM, en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga y como Profesor Visitante en la Universidad de Bonn (Alemania). En la actualidad, es Profesor Principal de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y Profesor Honorario de la Universidad Nacional de Trujillo. Asimismo, es autor de varios libros y artículos en revistas especializadas, nacionales y extranjeras.

cuenta de que mis escrúpulos eran infundados. Pero aprovechando que se toca este punto, quiero decir que a mí particularmente me indignó la publicación de las cartas que Arguedas le dirigiera a su psiquiatra, la doctora Hoffman. A mi juicio se ha atentado contra la ética médica. Las cartas que se dirigen a una psiquiatra no se pueden publicar por la intimidad de sus contenidos.

Pero, al margen de esto, la razón que me ha llevado a mostrar estas cartas en mi poder es que considero que hasta ahora nadie ha destacado suficientemente el interés de Arguedas por el Antiguo Perú y su honda preocupación por el éxito y el desarrollo de la arqueología peruana. Me parece que estas cuatro cartas que Arguedas me envió son prueba de esto. Quiero dejar bien en claro que no me mueve razón personal alguna ni un velado interés de hacer evidente mi amistad con el gran escritor o el aprecio que él me tenía. Entiendo que todos esos juicios que él vierte en sus escritos son personales, subjetivos y que al final quedan como algo que hubo entre él y yo. Es algo muy personal. Tampoco me interesa hacer mal a nadie. Cada cual será juzgado por sus acciones. Solo quiero —repito— destacar esa faceta de Arguedas para que quede escrita y se aproveche no solo por sus biógrafos, sino mañana, cuando se escriba la historia de la arqueología peruana y de los museos del Perú, esto sea insertado en ella como una de sus páginas importantes.

Quizá para que se entienda el contexto en el cual José María me escribe estas cartas, yo quisiera contar un poco cómo nació y cómo se desarrolló mi amistad con él.

No recuerdo exactamente el año en el que lo conocí, pero fue en los tiempos en que yo comencé a frecuentar la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, sin ser aún su alumno formal. Debe haber sido por el año 1957. Para entender esto hay que conocer un poco mi historia personal.

Yo ingresé primero a la Escuela Nacional de Ingenieros, donde estuve dos años en la especialidad de Arquitectura. Era la época en la que a los arquitectos se les exigía manejar las mismas matemáticas que a los ingenieros civiles. Yo era uno de los mejores alumnos en diseño, pero era también uno de los peores en matemáticas. No poder con el manejo de las matemáticas me generó un verdadero estado de estrés. Después descubrí, conversando con un amigo médico, que no era un problema patológico mío sino que era consecuencia de las circunstancias en las que transcurrieron mi infancia y mi adolescencia. De niño viví toda la guerra europea en Italia. Nunca pude tener siquiera un año continuo en una escuela, porque huíamos de un lugar a otro perseguidos por los comunistas. No tenía pues una formación básica, sin la cual ciertas materias como las matemáticas no se pueden entender. Ante el estrés que esa

situación me produjo, el médico de la familia aconsejó a mi padre que yo descansara un año o dos y que después se viera lo que debía estudiar.

Nosotros vinimos al Perú como inmigrantes en 1949. Mi padre no tenía dinero, inclusive él se había endeudado para pagar el viaje. Fue entonces que intervino un amigo suyo, Cristóbal Galjuf, que tenía una pequeña hacienda en el valle de Huarmey, y ofreció recibirme una temporada. Es así que fui a la Hacienda “Congón” y allí nació mi vocación por la arqueología. Nació una noche en que uno de los peones, huaquero de larga trayectoria, me propuso acompañarlo para excavar una tumba en un cementerio prehispánico cercano. Acepté, pues era una experiencia nueva para mí. Pero lo que me impresionó no fue tanto lo que él sacaba y guardaba celosamente, sino todo cuanto se destruía y se abandonaba en el lugar. A partir de ese momento, decidí no salir más con él y en vez de seguir ayudando a los agricultores en sus tareas diarias, como lo había hecho hasta ese momento, pedí un caballo y comencé a recorrer las ruinas cercanas. Se fue abriendo un mundo nuevo ante mis ojos, un mundo que en ese momento yo no entendía, pero que me fue atrayendo más cada día.

Cuando regresé a Lima tuve la oportunidad de conversar con el profesor Carlos Radicati, al que había conocido en el Colegio Antonio Raimondi donde pasé año y medio aprendiendo el castellano, quien era amigo de mi padre. En largas conversaciones, él entendió mis inquietudes y dándose cuenta de mi vocación por la arqueología me empujó hacia esta disciplina, lo cual después reforzó el maestro Raúl Porras durante mis primeros años en San Marcos.

Antes de llegar a ser estudiante oficial de San Marcos, fui “alumno especial”, categoría que existía en ese entonces y que permitía por una módica suma de dinero asistir a clases sin opción a certificado. Fue así que comencé a escuchar las lecciones de Etnohistoria del Perú Antiguo que dictaba el doctor Luis Valcárcel, de quien, más tarde, llegaría a ser asistente. Pero al mismo tiempo empecé a frecuentar el círculo del Instituto de Etnología y Arqueología y allí conocí a José Matos Mar, a Jehan Vellard, a Jorge Muelle y a muchos otros destacados profesores de esos tiempos, entre los cuales estaba también José María. Ingresé oficialmente a San Marcos en 1956.

A José María no lo conocí en clase porque nunca fui su alumno; lo conocí en los pasillos y en los ambientes del Instituto, pero aún no sabía quién era Arguedas, ni qué significaba para la cultura nacional. Entre 1957 y 1958 yo iba a buscarlo porque me había percatado de que él era quién me podía dar la mejor información bibliográfica sobre temas específicos de la cultura andina tradicional, a la cual yo recién me acercaba y trataba de entender. Es probable, y esto es una mera suposición mía, que fue entonces que él comenzó a

apreciar el interés siempre creciente que se estaba despertando en mí, no sólo por la arqueología sino por la antropología en general. Creo que nuestra amistad comienza a nacer como algo continuo en 1959 y tengo la impresión de que hay dos hechos que contribuyeron a ello. El primero me parece que fue un artículo que yo publiqué sobre Oscar Lostaunau. Recuerdo que él me lo comentó en algún momento.

Yo había viajado a la costa norte acompañando al arqueólogo norteamericano David Kelley, como parte de las prácticas que los estudiantes teníamos que cumplir. Y fue en ese momento que tuve la oportunidad de conocer la obra valiosa, pero totalmente desconocida en nuestro medio, que desarrollaba Oscar Lostaunau en la provincia de Pacasmayo. Él solo, sin la ayuda del estado ni de nadie, había desarrollado un programa para preservar el patrimonio arqueológico de la provincia y lo estaba poniendo en práctica en forma eficaz. Nos quedamos en Guadalupe varios días con Kelley y con Oscar y al visitar los principales sitios, comprobamos en la práctica lo que Oscar nos había mostrado en los mapas y otros documentos. Regresé a Lima tan impresionado que escribí un artículo que llevé tímidamente a *El Comercio*; me lo publicaron y fue el primer escrito, de tantos, que publiqué en ese diario.⁴⁰ Este artículo impresionó a Arguedas, porque recuerdo que en algún momento me dijo: “Es muy extraño que un extranjero [yo mantenía mi nacionalidad italiana] haya tomado la actitud de un peruano defendiendo el patrimonio nacional de una forma tan sentida”. Y su aprecio se muestra claramente cuando, en diciembre de 1960, siendo yo ya Bachiller y estando Arguedas como Jefe de Investigaciones Etnológicas, Trabajos de Campo y Gabinete en San Marcos, me extendió un certificado, en el que entre otras cosas dice: “El Sr. Bonavía Berber, en el curso de los dos años que tuve a mi cargo el Instituto, demostró no solamente vocación por la antropología, dedicación ejemplar por el estudio y la investigación sino talento y honestidad excepcionales, virtudes de las que me es verdaderamente grato dejar constancia”.⁴¹ Es sin duda uno de los documentos más caros que guardo en mi archivo personal.

40 BONAVALIA, Duccio. “Lostanau y la arqueología peruana”. *Suplemento Dominical de El Comercio*, Lima, 6 de julio de 1958. pp. 2-5.

41 Este certificado, escrito en papel sellado del Instituto de Etnología de la UNMSM., dice, desde el inicio, “El bachiller de Etnología y Arqueología, Sr. Duccio Bonavía Berber, actual estudiante del último año de este Instituto, ha prestado su colaboración valiosa y desinteresada a la Universidad, como asistente del curso de Historia del Perú (Incas) y auxiliando al Instituto con sus iniciativas y su intervención constante para la mejor administración y funcionamiento del Museo de Arqueología [...] Lima, diciembre de 1960. J M Arguedas. Jefe de Investigaciones Etnológicas y trabajos de campo y Gabinete.

Para explicar el segundo hecho que contribuyó a que me apreciara Arguedas debemos remontarnos al año 1961 y trataré de reconstruir los acontecimientos. Debo decir que ya nuestra amistad estaba acrecentada. Yo frecuentaba su casa, aunque curiosamente no nos tuteábamos —lo hicimos solo en los últimos años—. Había entonces un respeto y una admiración mutuos que nos impedía hacerlo. Pero había también, definitivamente, cierta afinidad entre nosotros, tan es así que recuerdo que en esta época, cuando yo trabajaba mi tesis doctoral en el Museo de Arqueología de San Marcos en la calle Zamudio, una mañana se presentó Arguedas en mi oficina trayendo en las manos su libro *El Sexto*, que acababa de publicar. Antes de regalármelo se sentó en mi escritorio y me lo dedicó con palabras que hoy me honran: “Para Duccio con el afecto y la admiración de José María Arguedas”. Es uno de los recuerdos más queridos que tengo del “cholo”, como lo llamábamos cariñosamente.

Fue en ese año, es decir 1961, que sucedió este otro hecho que demuestra su buena disposición hacia mí y que luego acrecienta y fortalece nuestra amistad. Yo estaba —ya lo he dicho— terminando mi carrera universitaria y él quiso entonces ayudarme a obtener un puesto estable en San Marcos. En ese momento se estaba pensando en mí para Jefe de Investigaciones Arqueológicas de la Facultad de Letras y José María quiso este nombramiento se hiciera efectivo lo antes posible. Me llamó un día y me dijo que era necesario encontrar alguna persona que conociera a Luis Alberto Sánchez, entonces Rector de San Marcos, para que intercediera y saliera el nombramiento. Fue entonces que mi novia recordó que su tío, Pedro Tomatis, había alojado en su casa a Sánchez cuando estuvo desterrado en la Argentina. Tomatis logró hablar con Sánchez y le explicó que en el pedido que se le hacía también estaba interesado Arguedas por su vinculación al Instituto de Etnología y Arqueología. Lamentablemente Sánchez nos mandó decir a los dos que estaba dispuesto a darme el nombramiento siempre y cuando yo le prometiera que pondría todo lo que estuviera de mi parte para hacerle la vida imposible a Matos Mar hasta lograr sacarlo de la Universidad. Esta animadversión de Sánchez hacia Matos se refleja también en las cartas que Arguedas le dirige a John Murra, cuando habla de las intrigas que realizaba el APRA para que los izquierdistas (como

42 En una carta de Arguedas a John Murra del 23 de julio de 1961 leemos “El Instituto atraviesa por su peor crisis: La Universidad está en poder del Dr. Luis Alberto Sánchez y hay indicios que parecen demostrar que se intentará debilitar y aún aniquilar el Instituto, en gran parte por odio a Matos. Y Matos ha salido en el peor momento, pues el Dr. Muelle también ha salido fuera de Lima por dos meses. Tuve que hacerme cargo, por eso del Instituto.” En MURRA, John y LÓPEZ-BARALT, Mercedes. *Las cartas de Arguedas*, pág. 59.

Matos Mar) no lograran puestos importantes.⁴² Recuerdo claramente que la misma tarde que me enteré del mensaje fui inmediatamente a ver a José María, a su casa. Estaba presente Celia. Hablamos largo, los dos estábamos muy deprimidos. Celia trataba de calmarnos. Al final él me dijo que solo yo podía tomar esa decisión. Medité un poco y mirándolo a los ojos le dije que “en esas condiciones prefería quedarme sin trabajo”. Arguedas sabía, más que nadie, que yo no sentía simpatía hacia Matos Mar, tanto por sus tendencias políticas —a pesar de que yo nunca he hecho política en el Perú—, cuanto porque en muchos casos él dificultó mi carrera en la arqueología por no pertenecer a su “argolla”. Además Arguedas también sabía que yo necesitaba trabajo pues estaba de novio y quería casarme. Al escuchar mi respuesta José María se levantó impulsivamente, se dirigió hacia mí y me abrazó de una forma como no lo había hecho nunca antes. Siento aún la sensación de ese abrazo que fue mucho más significativo que cualquier palabra. Con Tomatis le mandamos decir a Sánchez que se quedara con su nombramiento. Más tarde salió una resolución a mi favor, en octubre de 1962, gracias a los buenos oficios de Jorge Pucinelli, entonces Decano de la Facultad de Letras, aunque lleva la firma de Luis Alberto Sánchez. Pero su venganza se hizo efectiva, pues nunca pude asumir el cargo. Cuando, años después, Sánchez fue a Ayacucho y yo tuve que atenderlo en mi calidad de profesor de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, me reconoció inmediatamente por el apellido y me dijo que admitía haberse equivocado.

En 1962 me casé y solo conseguí una serie de trabajos eventuales; lógicamente la situación me tenía preocupado. José María estaba entonces en Chile y le escribí. Él me contestó que había recibido la mía, que le había llegado “en un momento en que la necesitaba”.⁴³ Esto fue recíproco porque los dos, aunque en situaciones distintas, vivíamos momentos angustiosos.

A fines de ese año sucedió un hecho interesante, que está mencionado en una de las cartas que Arguedas le dirigió a Murra. Él le comentaba que en Lima hubo una polémica entre Juan Comas, un profesor español radicado en México, y Carlos de Zavala y Oyague, tengo entendido que un personaje de la rancia aristocracia limeña, a quien yo conocía. Comas había venido a Lima como profesor visitante de San Marcos; fue mi profesor. Ese mismo año, Comas me llamó para que lo reemplace por corto tiempo pues tuvo que viajar. Él había escrito un artículo en *El Comercio* en el que sostenía que el día del des-

43 Carta de J.M. Arguedas a Duccio Bonavia, del 20 de marzo de 1962, que publicamos adelante.

cubrimiento de América no debería ser llamado “Día de la raza” porque, además del aporte español estaba la base indígena. Fue entonces que De Zavala y Oyague le contestó con un violento y virulento alegato en el mismo diario defendiendo a ultranza el hispanismo. Comas también le respondió. A esas alturas yo ya estaba muy indignado y me sentía en ese momento más cerca de los indigenistas, sin compartir sin embargo todos sus planteamientos. Decidí entonces escribir una carta en la que replicaba, a mi manera, la posición de Zavala y Oyague. La carta apareció en el *Suplemento Dominical* de *El Comercio*.⁴⁴ Esta está mencionada por Arguedas cuando le dice a Murra en una carta: “En estos días se ha realizado una interesante polémica entre Comas y un tal señor de Zavala y Oyague. Fue interesante porque ese señor consideraba la raza como un conjunto de “caracteres espirituales”, y que la lengua, el catolicismo y el acto de persignarse, constituían lo distintivo de la “raza española”, que el Perú no progresaba a causa de los elementos negativos de los indios, negros y mulatos y que la solución era traer inmigrantes europeos. Todo esto lo dijo al comentar un buen artículo de Comas sobre el día de la raza. Comas le respondió aplastándolo: “Bonavia y Emilio Mendizábal lo acaban de enterrar”. Pero no se ha enterrado a don Zavala de Oyague “[...] descendiente comprobado y puro de la raza española, sino a los muchísimos cretinos que piensan como él y que gobiernan todavía el Perú”.⁴⁵ Fue una polémica muy sonada en el ambiente limeño; luego me enteré de que Zavala y Oyague había mandado un escrito más a *El Comercio*, diario que decidió no publicarlo pues ya no solo había adquirido un tono personal, sino que además el autor estaba empleando una serie de términos inadecuados. El mío fue un escrito verdaderamente durísimo y me cuidé mucho al redactarlo, porque sabía que todavía era joven, que estaba apareciendo en el periódico más importante del medio y tenía miedo de que me aplastaran. Por eso le hice ver el manuscrito a Jorge Muelle, uno de mis maestros que se distinguía por ser demasiado prudente. Lo leyó y —cosa inaudita— no solo lo aprobó, sino que me alentó a que lo enviara al periódico. Por el mismo Comas supe que a José María le había gustado mi carta y que, según como se expresó de mí, Comas intuyó que el aprecio que me tenía con esto había aumentado.

44 BONAVIA, Duccio. “Polémica en torno al concepto de raza”. *Suplemento Dominical* de *El Comercio*, Lima, 11 de noviembre de 1965. p. 2

45 Carta de José María Arguedas a John Murra del 15 de noviembre de 1962. En MURRA, John V. y Mercedes LÓPEZ-BARALT. *Las cartas de Arguedas*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996. pp. 95-96.

Durante los años 1963 y parte de 1964 estuve en Ayacucho. Como no obtuve trabajo en Lima acepté la oportunidad que se me ofrecía de ir a enseñar en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Fui propuesto por Luis Guillermo Lumbreras, pero sobre todo, alentado por Fernando Silva Santisteban, otro de los grandes amigos de José María. Allí enseñé varios cursos de arqueología y de historia. Fue justamente por esos tiempos, exactamente en 1963, que Arguedas había asumido el cargo de Director de la entonces Casa de la Cultura del Perú. Es en ese período que comienza una relación mucho más estrecha entre nosotros, y en las cartas que me dirige se refleja algo de eso. En verdad nos escribíamos poco, pero cada vez que yo pasaba por Lima lo buscaba en su casa o en la Casa de la Cultura del Perú; eventualmente hablábamos por radio, pues entonces no había teléfono en Ayacucho. Fue en este periodo que la arqueología y los museos se convirtieron cada vez más en una obsesión para José María. Él siempre me decía que no podía ser que el Museo Nacional de Antropología y Arqueología estuviera tan abandonado y que los arqueólogos estuvieran tan mal pagados en nuestro medio.

En una oportunidad que yo había acudido a Lima para una reunión académica, me dijo que necesitaba hablar conmigo. Cuando nos reunimos me planteó las cosas de frente. Me explicó que él creía que yo era la persona que lo podía ayudar en su proyecto de revivir el Museo y no solo porque tenía confianza en mi persona sino porque pensaba que podría ejercer cierta influencia sobre Jorge Muelle, en ese momento Director del Museo. Esto se refleja en una de las cartas que me dirige y también se ve claramente en otra carta que José María le envió a Valcárcel. Es que verdaderamente, gracias a José María, llegué a tener una especie de simbiosis con mi maestro Muelle. Tan es así que él siempre me consideró como su discípulo, a pesar de que tuvimos algunas discrepancias, sobre todo en los últimos tiempos, antes de su muerte. Arguedas sabía que yo tenía ascendiente sobre Muelle, que él me escuchaba cuando yo le daba ciertos consejos. Muelle hizo algunas cosas no porque le nacieran sino porque yo lo empujé a que las hiciera. Daré solo un ejemplo: a principios de octubre de 1959, Augusto Cardich vino a Lima con la noticia de que había descubierto los famosos esqueletos de Lauricocha, los que por mucho tiempo serían considerados los más antiguos de los Andes Centrales. Cardich era consciente de que al no ser arqueólogo profesional, se podría poner en duda su descubrimiento y por eso consideró importante que alguien de prestigio certificara su hallazgo. En ese momento estaba en Lima un grupo de arqueólogos norteamericanos y Cardich, a sugerencia de Ramiro Matos y mía, se reunió con ellos en San Marcos. Estuvieron presentes John Rowe, David Kelley, Dwight Wallace y Louis Stumer. Yo participé y recuerdo claramente la re-

unión. A pesar de la importancia del hallazgo, nadie quiso ofrecerse a acompañar a Cardich al sitio. Cuando salimos, Cardich estaba profundamente descorazonado y me invitó a tomar un café. Le dije entonces que yo podría convencer a Muelle para que fuera. Y así fue. Con Muelle y con Cardich estuvimos en Lauricocha, entre el 10 y el 14 de octubre de 1959.

Si se me pregunta por qué se logró esta afinidad con Muelle o por qué me tuvo tanta confianza, no sabría decirlo, pero pienso que un factor importante es que yo, debido justamente a mi temprana formación europea, entendía mejor que mis compañeros las ideas que Muelle desarrollaba con base en lo que él, a su vez, había aprendido en Europa, fundamentalmente en Alemania. Por ejemplo, cuando él trataba el arte prehispánico, lo hacía basándose en los trabajos de Semper o de Seler. Es decir, trataba de englobar siempre la cultura andina dentro de la historia universal, lo cual se contraponía a uno de los defectos más grandes de la formación de nuestros arqueólogos: ver solo lo puntual, lo nuestro, sin perspectiva universal.⁴⁶ Por eso quizá yo tenía con él un diálogo fluido y pasaba mucho tiempo después de las clases en la universidad, en su casa o en su oficina del museo, ayudándole en tareas que él me daba o simplemente conversando. Puedo decir que en dichas ocasiones aprendí mucho más que en sus clases.⁴⁷

Cuando conocí a Muelle, él era Director de la Dirección de Arqueología e Historia —si mal no recuerdo así se llamaba— del Ministerio de Educación. Después asumió la Dirección del Museo Nacional de Antropología y Arqueología. En el Museo quedaba todo el personal que había formado Tello, perso-

46 Refiriéndose a estas cualidades de Muelle, Arguedas inicia un artículo periodístico al expresar lo siguiente: “El Dr. Jorge C. Muelle, cuya hondura de pensamiento está iluminada tanto por su erudición como por su sensibilidad y su excepcional serenidad, afirmó en un breve discurso de epílogo a una reunión de arqueólogos que los descubrimientos revelados en esa reunión extendían tanto en el tiempo las raíces de nuestra tradición que el Perú como pueblo singular sería aún más indestructible. Y comparó el caso con el del pueblo de Israel”. ARGUEDAS, José María. “Un narrador para un nuevo mundo”. En *El Comercio*, Lima, 1º de octubre de 1961.

47 Es interesante oponer aquí la opinión de Arguedas sobre los defectos de Muelle en su faceta de docente: “La etnología está en manos de dos personas débiles por razones completamente distintas: Muelle, que es cada vez más escéptico, incapaz de dictar no ya un curso sino una sola clase con un mínimo de orden; hombre inteligentísimo, pero en la intimidad; en la clase es desordenado y su escepticismo total le impide transmitir conocimientos con hondura y menos, mucho menos, transmitir fe. El otro que queda soy yo. Manco, cojo y tuerto; lo único que tengo es fe y buena voluntad; pero nunca tuve otro maestro que Muelle, con quien durante casi todas las clases —cuando yo era su alumno— nos pasábamos hablando de literatura y de folklore.”. Carta de Arguedas a Murra, del 24 de junio de 1960. En MURRA, John y Mercedes LÓPEZ-BARALT. *Las cartas de Arguedas*, pág. 40.

nal que no veía con buenos ojos que alguien que no era de su “escuela” promoviera cambios en la institución. Además, si bien yo no viví esos tiempos en Lima, por lo que me contaba Muelle, parece que él tuvo problemas muy serios con Tello. Por eso José María pensaba, y me lo dijo en varias oportunidades, que si yo lograba entrar a trabajar allí, por ser joven y no tener resistencias con los tellistas, podría servir como amortiguador y realizar los cambios que se necesitaban. En efecto, cuando comencé a trabajar allí no solo no tuve ningún problema con los tellistas más acérrimos —como lo fueron Toribio Mejía Xesspe y Julio Espejo Núñez— sino que logré una gran amistad con todo el personal, especialmente con ellos dos. Tanto fue así que al retirarse Mejía Xesspe del cargo de Subdirector por límite de edad —cargo que tuvo desde que entró como funcionario—, lo reemplacé en la Subdirección del Museo. Por entonces Fernando Silva Santisteban era Director de la Casa de la Cultura del Perú.

Al plantearme José María la posibilidad de entrar a ser funcionario del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, me explicó el impedimento que significaba mi condición de extranjero. La única solución posible era que me nacionalizara. Esta opción, en condiciones normales, puede ser una decisión relativamente fácil de tomar. Pero mi situación era muy particular. Yo no nací en la península italiana, sino en Dalmacia, que hoy es Croacia y vengo de una familia italiana por tradición. Mi familia no solo consideró siempre que la Dalmacia es italiana (y la historia lo demuestra) sino que luchó por el irredentismo dalmata. Mi padre, Aurelio Bonavia, fue un abanderado de ese movimiento. Yo me crié, pues, en un ambiente de profundo patriotismo y cuando se produjo el segundo conflicto mundial tuvimos que refugiarnos en Italia. De modo que tomar la decisión de renunciar a mi nacionalidad fue un paso muy duro y muy difícil. Fue una lucha interna decidir entre mis largos lazos con la tierra que me vio nacer y la nueva patria que se estaba gestando en mí. Me costó una semana tomar la decisión: no podía dormir. Quiero dejar en claro que lo que me empujaba hacia el lado del Perú no era solo lo práctico, es decir la necesidad de trabajo para poder formar una familia, pues ya estaba casado, sino que había algo más. Eso más se lo debo justamente —en gran parte— a Arguedas. A él le debo el compromiso que yo ya había adquirido con el Perú y fundamentalmente con el Perú indígena, por el que más me sentía y me siento atraído. Veía y sentía también que Arguedas de alguna manera me pedía ese sacrificio y esa prueba, quizá para convencerse que la confianza que había depositado en mí era merecida. Él quería que, nacionalizándome, yo sellara ese compromiso con el Perú. Recuerdo que una vez tomada la decisión lo llamé por teléfono y le di la noticia. Nunca lo había notado tan

emocionado, la voz se le entrecortó y lo único que atinó a decirme fueron unas palabras que conservo grabadas en mi memoria: “Gracias. El gran abrazo te lo daré cuando te vea”. Luego, en mi Patria de origen, se dio una nueva ley gracias a la cual pude recuperar mi nacionalidad italiana; y hoy mantengo las dos con el mismo cariño. Es por eso que cuando escribí mi manual sobre el Antiguo Perú, *Perú: Hombre e Historia*,⁴⁸ en los agradecimientos recuerdo a mis dos maestros, a Porras y a Arguedas, y cuando me refiero al segundo menciono indirectamente este episodio.

Durante el tiempo en que yo trabajé en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Arguedas, que había dejado la Casa de la Cultura del Perú, ocupó por unos años la Dirección del Museo de Historia que está al costado. Yo iba casi a diario a visitarlo y recuerdo que un día de 1965, estando juntos, le trajeron unos paquetes de la imprenta. Era su cuento “El sueño del pongo”. Sacó un ejemplar y diciéndome que era el primero al que lo entregaba, me lo dedicó: “Para Duccio con afecto cordialísimo, de José María.” Nuestra amistad ya era profunda, pasábamos mucho tiempo conversando y ya se veía venir el suicidio, pues me lo mencionó indirectamente varias veces. En esas conversaciones se ponía en evidencia su profunda preocupación por la arqueología y los museos. Quería estar al tanto de los cambios que se estaban haciendo en el vecino museo donde yo trabajaba, me aconsejaba cómo manejar ciertas situaciones, quería conocer todos los pormenores.

Muelle estuvo en la dirección del Museo Nacional de Antropología y Arqueología hasta los tiempos del gobierno militar y luego lo reemplazó Luis Guillermo Lumbreras. En ese momento yo renuncié. Lo explico:

Todo comenzó cuando Martha Hildebrandt, que ocupaba la Dirección del Instituto Nacional de Cultura, maltrató a Muelle. No conozco detalles, porque yo llegué tarde aquel día al lugar de los hechos, pero recuerdo que en el patio delantero del Museo estaba reunido todo el personal. Ella quiso, al parecer, que se hiciera algo que por razones técnicas no se pudo llevar a cabo. Muy contrariada, trató en forma altanera y con malos términos a Muelle. Entonces él, que estaba en el límite de edad, decidió retirarse. Al hacerlo era norma en la administración de los Museos que el Subdirector —puesto que yo ocupaba— accediera a la Dirección. Pero había ocurrido que antes de esto, Martha Hildebrandt me había designado como Director del Patrimonio Monumental y Cultural de la Nación del Instituto Nacional de Cultura. Permanecí en dicho

48 BONAVIA, Duccio. *Perú: Hombre e Historia. De los orígenes al siglo XV*. Lima: Edubanco, 1991, pág. I.

cargo entre julio de 1972 hasta enero de 1973 y, cuando terminó ese periodo, Martha Hildebrandt me pidió que siguiera en ese mismo cargo. Le expliqué que no tenía vocación para ese tipo de puestos, que quería dedicarme a la investigación, que para eso Arguedas me había llevado al Museo. Entonces, al no aceptar su propuesta, cuando se retiró Muelle ella nombró a Lumbreras que no tenía ninguna carrera administrativa. Yo no podía aceptar una injusticia de esa naturaleza. Martha Hildebrandt convirtió un cargo que era técnico en uno de confianza y con ello inició la quiebra de las normas institucionales en el Museo. Considero que la nueva política que ella estableció es lo que más daño ha causado a la arqueología nacional. Así, “entre gallos y medianoche” como se dice vulgarmente, se nombró a Lumbreras director. Yo renuncié inmediatamente (en julio de 1973) y renuncié también a San Marcos donde era profesor nombrado, dado que allí el grupo de Lumbreras tenía fuertes influencias. Me encontré nuevamente sin trabajo, con una familia auestas. Fue entonces que la Universidad Peruana Cayetano Heredia me llamó y me incorporó en el plantel de sus profesores. Pero creo que es significativo que Lumbreras eligiera no asumir el cargo de director del museo estando yo presente.

Cumpliendo con la ley, al irme del Museo tuve que entregar la institución al secretario. Fue así como entró Lumbreras a la administración pública. Arguedas ya estaba muerto pues él no hubiera tolerado un acto de esta naturaleza. Nunca me olvidaré las palabras de Muelle cuando estaba arreglando sus papeles para dejar libre la dirección y se enteró de mi renuncia. Me dijo textualmente: “Bonavía le voy a repetir el viejo proverbio chino: siéntese usted en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver de su enemigo”. No sé si la metáfora se refería a la persona o a la institución. Prefiero no tocar el punto de la persona. Pero en lo que se refiere al Museo, a partir de ese momento, comenzó una etapa de decadencia y descuido de la que no ha logrado recuperarse. La gran responsabilidad de la nueva dirección ante el Perú es haber destruido la tradición de mística y respeto al pasado que Tello logró crear e inculcar en el personal que allí trabajaba, tradición que Muelle supo respetar y apoyar.

Con respecto al suicidio de José María, en verdad él no mencionó nunca tal palabra en esos tiempos, pero me lo hacía entender, indirectamente. Caía en forma recurrente en el tema de la necesidad de cambiar el Perú. Y allí se notaba que sufría, pues decía que él sentía que no tenía las armas suficientes ni la preparación para continuar con esa tarea y que, si de alguna manera él no podía contribuir en ese cambio, lo mejor era no estar aquí. A pesar de que hablaba de eso en forma insistente, yo nunca me imaginé que lo llevaría a cabo. A este respecto tengo un recuerdo vago que quizá alguien podrá aclarar:

un funcionario del Museo de Historia me contó que en una ocasión, anterior al episodio del 11 de abril de 1966, habían encontrado a Arguedas semi-inconsciente y junto a él había un frasco con pastillas. Parece que entonces se repuso rápidamente. Eso debió suceder en 1965. No puedo asegurarlo pues —insisto— lo tengo poco claro en mi memoria.

En 1966 me enteré de que había intentado suicidarse y que casi tuvo éxito. Inmediatamente averigüé dónde estaba y, a las nueve de la mañana, aproximadamente, fui a verlo. Hacía dos días que había ingresado al Hospital Rebagliatti. Los médicos acababan de pasar la visita y él estaba solo. Por increíble que parezca, demostró mucha alegría al verme y conversamos de varias cosas, pero por razones obvias no le quise tocar el punto del por qué estaba allí. Me sorprendió por eso que cuando me despedí y le apreté la mano, me miró fijamente y me dijo: “Lo volveré a hacer”. Me cogió tan de sorpresa y al mismo tiempo me acongojó tanto, que solo pude abrazarlo y recuerdo haberle dicho: “No lo vuelvas hacer, los amigos te necesitamos”.

El año 1967 y parte de 1968 perdí contacto con Arguedas porque viajé a Francia para trabajar en el Laboratorio de Prehistoria y Geología del Cuaternario de la Universidad de Burdeos. La razón por la que escogí ese lugar fue mi gran interés por las industrias líticas y allí estaba el profesor François Bordes que era, en ese momento, uno de los más grandes especialistas en la materia. Antes de viajar fui con mi esposa a la casa nueva que tenía José María en Chaclacayo, donde él estaba ya viviendo con Sybila. Esa tarde ella no estaba en casa. Él se notaba muy preocupado. Charlamos un rato y luego nos despedimos afectuosamente.

Cuando regresé de Francia, a lo largo de 1969, en verdad vi poco a José María. La razón era Sybila. Con ella nunca me llevé mal, pero hacia ella yo no sentía el mismo afecto que hacia Celia. Cuando vivía con Celia, yo iba a visitarlos, me sentía acogido, estaba como en mi casa, lo que no sucedía con Sybila. Debo decir que Sybila nunca me trató mal ni mucho menos, por el contrario fue siempre amable. Pero había algo que nos separaba, algo que no puedo explicar. Y tengo la impresión de que finalmente José María tampoco encontró en ella lo que esperaba; esta impresión se refleja en una de las cartas que le escribe a Murra.

Antes de su muerte nos vimos poco, hasta que me enteré el mismo 28 de noviembre que se había disparado un tiro. Alguien me llamó por teléfono para avisarme, no puedo recordar quién. Fui al día siguiente al Hospital Rebagliatti y me informaron que no se le podía ver, pero que se podía subir hasta el piso donde estaba internado pues allí estaba su familia. Subí y me encontré con una situación muy desagradable, pues al salir del ascensor vi que al lado dere-

cho estaba Celia rodeada de familiares y amigos y al izquierdo Sybila con otro grupo de amigos. Lo que había sucedido es que, al separarse José María de Celia, muchas personas se resintieron con Arguedas; otras se acercaron más a Sybila y se enemistaron con Celia. En este sentido yo no tomé partido pues me pareció que ese era un asunto muy particular, que solo José María tenía que decidir. De modo que me acerqué primero a saludar a Celia y luego hice lo mismo con Sybila. Cuando fui la segunda vez, el cuadro era el mismo y procedí de la misma manera. Por los periódicos me enteré de su muerte, que lo estaban velando en la Escuela Nacional Agraria en La Molina. Fui a principios de la tarde y, antes de llegar al lugar del velorio, me encontré con Sybila. Me sorprendió su actitud y su estado de ánimo, pues no era de dolor. Estaba, si mal no recuerdo, cerca de una mesa en medio del patio y me explicó que estaba organizando el entierro. Por los detalles me di cuenta de que en el fondo lo que se estaba preparando era un acto político y que se estaba utilizando a Arguedas de una manera que no creí entonces, y no lo creo ahora, que a él le hubiera gustado. Me acerqué al ataúd y allí tuve mi último diálogo —si cabe el término— con José María. Recuerdo que pensé: “Cholo tú no te mereces esto que te van hacer. Este no es ‘tu’ entierro. Te están armando un sepelio ficticio y a pesar del enorme cariño que te tengo yo no puedo quedarme. Sé que tú me comprendes”. Y me fui, pero muy adolorido. No sé si estoy equivocado, pero expreso lo que yo vi y sentí esa tarde. Posteriormente al leer una de las cartas (la número 51) que él le dirige a Murra, comprendí que tuve razón.

Voy a terminar con una anécdota muy personal: hace unos años tuve que operarme del corazón. Cuando estaba camino a la sala de operaciones tenía muy claro que si sobrevivía había algunas tareas prioritarias a las que debería dedicarme. Una de ellas era comentar las cartas de Arguedas y dárselas a alguien que las publique para que la posteridad se enterara de esta cara casi desconocida de nuestro gran personaje. Por eso ahora me siento aliviado.

Es necesario agregar a todo lo dicho unos breves comentarios a las cartas que Arguedas dirige a Valcárcel, que he leído recientemente, pues allí se me menciona y me parece oportuno aclarar algunos puntos.

La verdad es que creo que José María se equivoca, en la carta del 6 de mayo de 1962, al involucrar a Félix Caycho Quispe en los problemas de San Marcos, porque Caycho no tenía ni el interés ni el poder para oponerse a un asunto de tipo académico. Él era el conservador y el dibujante del Museo de Etnología y Arqueología de la Universidad. Tenía gran afinidad conmigo, fuimos grandes amigos y trabajamos siempre juntos desde que lo conocí, antes de ser estudiante regular en San Marcos, hasta prácticamente su muerte. En cuanto a José Portugal, que también era alumno y vive todavía, como se pre-

paraba para ser etnólogo, estaba lógicamente más del lado de Matos Mar que del lado de Muelle. Pero cuando Arguedas dice: “[...] lo peor del problema es que los tres: Lanning, Muelle y Bonavia habían condenado a muerte a Ramiro Matos [...]”, confieso que no recuerdo nada de este asunto y me gustaría que el mismo Ramiro lo aclarara.⁴⁹ Las cosas ya pasaron. Él es hoy uno de mis mejores amigos, así que yo le enseñé mis cartas de Arguedas, donde hay referencias a su persona y él me autorizó a publicarlas.

En esa misma carta, se habla mucho de los problemas que surgieron cuando se propició la separación de Etnología y Arqueología. Dado que yo viví las cosas desde adentro, puedo decir con absoluta seguridad de que Muelle no era el que propiciaba dicha separación. Él defendió siempre la concepción norteamericana de la antropología entendida como el estudio del hombre largo *sensu*.⁵⁰ Fue él quien me enseñó a admirar a Kroeber. Siempre nos decía que, si

49 Ramiro Matos emitió la siguiente declaración luego de que, en una reciente visita a Lima, Duccio Bonavia le mostrara las cartas de Arguedas a Valcárcel, y a él mismo, en las que se le menciona:

“A quien corresponde

Con relación a la carta del Dr. José María Arguedas dirigida al Dr. Luis E. Valcárcel, de fecha 6 de marzo de 1962, publicada en la Revista “Casa de Cartón”, Segunda Época, N° 21, de 2000 expreso lo siguiente:

- 1.- Que los doctores Arguedas, Valcárcel, así como Jorge Muelle y Edward Lanning fueron mis profesores en la Universidad de San Marcos, con los cuales he compartido cordiales relaciones de maestro-alumno y luego de amigos.
- 2.- En la referida carta de Arguedas se dice “[...] han condenado o habían condenado ya a muerte a Ramiro Matos [...]” Al respecto debo manifestar que nunca hubo una situación tirante y dramática como para suponer una semejante acción. Como en toda institución universitaria, sí hubo debates y discusiones de todo nivel y calibre, a veces subidas de tono, pero sin embargo, creo que nunca se llegó a los extremos de sentenciar a nadie.
- 3.- Arguedas, que tanto disfrutaba de escribir, quizás en alguna de sus apreciaciones no deparó la magnitud de lo que estaba escribiendo, o a lo mejor no quiso dar la connotación que ahora, según los intereses, los lectores pueden darle.
- 4.- Debo manifestar que Muelle fue uno de mis mejores profesores, Lanning un gran amigo y maestro en mis primeros años de estudios y desde entonces colega y amigo. Debo manifestar muy claramente que, con Bonavia desde aquellos años de estudios en las aulas sanmarquinas he desarrollado una extraordinaria amistad y por el cual tengo especial admiración. Se trata de uno de los profesionales de mi promoción que ha dado tanto de su vida a la arqueología andina y estas, y otras cosas, no creo que deben afectar su trayectoria. Por consiguiente la carta de Arguedas debe ser tomada como una anécdota de aquellos años y acaso de nuestra juventud.

Atentamente

Ramiro Matos Mendieta

DNI 06341092

2.8.2001”

50 Esta es sostenida, por ejemplo, por Adamson Hoebel (1961), para quien la antropología se manifiesta como un campo de estudio especial que penetra en la naturaleza biológica del

se quiere ser un buen arqueólogo en el Perú, hay que ser antes un buen antropólogo. Y si se revisan mis trabajos, se verá que yo he defendido siempre esa posición haciendo mía la frase de Phillips: "La arqueología del Nuevo Mundo es antropología o no es nada". En mis investigaciones sobre el Precerámico de Huarmey hice trabajos etnológicos para entender mejor ciertos artefactos que estaba excavando.

Lo que pasó en San Marcos es que los sociólogos propiciaban la creación de un departamento de Ciencias Sociales que englobaría a la sociología, a la arqueología y a la etnología. Muelle tenía un desprecio muy grande por los sociólogos, pues decía que eran antropólogos frustrados y que lo único que sabían manejar era la parte urbana de la antropología. En varias oportunidades le oí decir que los sociólogos sanmarquinos de ese momento eran mediocres; temía que llegasen a dominar el nuevo Departamento de Ciencias Sociales, porque de ser así, la arqueología sería destruida. Frente a esa posibilidad, Muelle prefería una separación. Pero en el fondo lo que él deseaba era la creación de un Departamento de Antropología.

Hay un aspecto más de estos problemas sobre el cual no puedo opinar, pues yo me mantuve siempre fuera de la política. Estaba tan entusiasmado con la carrera que había escogido que andaba demasiado ocupado en ella y no tenía tiempo para las intrigas. Pero en el fondo me parece que esos sociólogos representaban una corriente de izquierda diferente a la que profesaba Matos Mar y creo que lo que había era una lucha intestina de poder. Inclusive el nombre de "Departamento de Ciencias Sociales" fue introducido por la izquierda.

Ahora que estamos tratando sobre José Matos Mar, quiero hacer una aclaración que no puede ser olvidada cuando se escriba la historia de la arqueología peruana. Hay que tomar en cuenta que entre los tiempos de Tello y la década de los años 80 hay un vacío generacional. Y en esto hay que destacar con honestidad la figura de Matos Mar. Él es un hombre que, pese a que se le atribuyen defectos como personalista, ambicioso, "argollero", incorrecto en ciertos aspectos (por ejemplo violaba la correspondencia; eso lo dice Arguedas en una de sus cartas a Valcárcel y yo lo comprobé personalmente), ha te-

hombre —y por eso incluye a la geología, palentología, primatología; a la anatomía, fisiología, psicología fisiológica y genética— pero también en la naturaleza cultural de la conducta humana —y por eso incluye además a la historia, geología y arqueología; al arte, literatura, música, tecnología, lingüística, ciencia política, derecho, psicología, fisiología y genética—. Ver HOEBEL, Adamson A. *El hombre en el mundo primitivo*. Barcelona: Omega, S.A., 1961. pág. 25. (Nota de Duccio Bonavía)

nido una gran virtud. Lo he dicho muchas veces y lo repito ahora: él fue, prácticamente, el verdadero responsable de que nuestra generación surgiera. Fue él quien logró que todos los que teníamos interés por la arqueología trabajáramos en el Museo de San Marcos que entonces estaba en la calle Zamudio y fue gracias a su gestión que se logró que este Museo se re-crease. Digo re-crease porque Tello se había llevado las colecciones de San Marcos a Magdalena, al Museo de Antropología y Arqueología. Matos Mar recupera una parte de las piezas de San Marcos y que hoy conforman el Museo de Arqueología que funciona en la Casona. Pero Matos Mar se dio cuenta, además, de que nosotros los estudiantes no teníamos recursos y a través de Valcárcel, que era Decano, logró que se nos asignara una modestísima cantidad de dinero mensual. Además, consiguió que cada uno de nosotros tuviese una oficina en el Museo con las facilidades para estudiar e investigar. Sin estas facilidades nuestra generación posiblemente no hubiese destacado. Lamentablemente este impulso de Matos Mar no continuó en San Marcos. Los resultados son de todos conocidos.

El carácter positivo de la vigorosa presencia estudiantil al interior de los estudios de arqueología en San Marcos y la influencia de Matos Mar es reconocida por el mismo Arguedas en una de las cartas que le escribe a Murra. Allí dice “[...] a propósito, la Semana Arqueológica tuvo mucho éxito. Fue una hazaña de los estudiantes, especialmente de Matos [Mar] que se empecinó en el asunto y trabajó con la tozudez que aquí sólo atribuimos a los indios”.⁵¹ Efectivamente, en esa oportunidad los estudiantes no solo estuvimos presentes en la mesa redonda de Ciencias Antropológicas que se organizó, sino que llevamos trabajos y los discutimos con profesores de la talla de Murra, Schaedel, Muelle, Lanning y tantos otros, es decir, los “grandes” del momento. Y luego Arguedas le dice a Murra algo más: “En Cuadernos que acaban de publicar los estudiantes hay un artículo sobre la coca en el que de manera confesa se encuentra la influencia de Ud.”.⁵² Efectivamente dicha revista fue creada por el Centro de Estudiantes de Antropología en 1958; el primer número tuvo como editor a Carlos Guzmán Ladrón de Guevara. Pero ese mismo año yo asumí la dirección que mantuve hasta 1959. La revista siguió publicándose hasta 1964. Yo me atrevería a decir que después de esta época, jamás los estudiantes han podido publicar una revista de esa calidad. Voy a dar dos ejem-

51 Carta del 16 de noviembre de 1959. En MURRA, John y LÓPEZ-BARALT, Mercedes. *Las cartas de Arguedas*, pág. 30

52 *Ibid.*

plos. Si hoy se quiere leer uno de los mejores artículos de Muelle sobre el estilo, se tiene que recurrir a *Cuadernos*. Ese texto se originó en una conferencia que él dictó y que los estudiantes grabamos y transcribimos. Fue también justamente en esos tiempos que murió Paul Rivet. En *Cuadernos* nosotros publicamos la bio-bibliografía de este gran americanista antes de que se hiciera lo propio en Francia, su país natal. Esto demuestra cómo trabajábamos.

Voy a comentar ahora algunos asuntos que Arguedas dice sobre mí al dirigirse a Valcárcel. No hay que olvidar que estos comentarios deben ser mantenidos en el contexto de los conflictos y problemas que había en el ambiente de San Marcos en esos momentos y a los que ya nos hemos referido. Él explica que habló conmigo “[...] mucho, hasta tres veces.” Y luego añade: “Es un joven poco adaptado al medio”. Hoy en día, con el pasar de los años, no solo lo admito sino que pienso que José María tenía toda la razón. Y me doy cuenta de que él estaba conociendo al Duccio Bonavía de 1962, es decir, al joven que tenía recién trece años en el Perú, que casi no había salido de Lima y que venía de un ambiente y de una cultura totalmente diferentes. No hay que olvidar que yo llegué aquí sin saber una sola palabra de español, que nunca tuve el tiempo de estudiarlo y que lo aprendí de oídas, con la práctica. Definitivamente Arguedas me conoció mucho más de lo que yo creí.

Luego dice que yo “[...] no trataba con cordialidad sino con exceso de rigidez [...]” a los estudiantes. Creo que en esto sí hay una mala interpretación, probablemente más de Portugal que de Arguedas, pues es Portugal quien le cuenta esto. No es que yo tuviera el propósito de tratar mal a los estudiantes, sino que tenía la concepción europea del profesor universitario y ella era definitivamente diferente a la que se tenía en nuestro medio universitario. Poco a poco lo he entendido y creo haber cambiado. Hay otro aspecto sobre el que pienso que José María sí me definió tal como creo ser. Afirma que tenía “[...] repugnancia a aceptar irregularidades [...]” Eso lo puedo decir hoy mejor que nunca, pues si he tenido problemas en mi vida, si me he hecho de enemigos, es porque he luchado por mantener los principios que yo pienso son correctos y porque he tenido siempre, como dice José María, repugnancia a aceptar cualquier irregularidad. Además es mi costumbre hacer algo que en nuestro medio se ve mal: decirle al pan, pan y al vino, vino.

En la misma revista donde se publicaron las cartas de Arguedas a Valcárcel, Tomás G. Escajadillo escribió: “[...] si bien es lógico que entre los cientí-

53 ESCAJADILLO, Tomás, E. “Los epistolarios de José María Arguedas”. En *La casa de cartón. Revista de Cultura*. Lima, OXY, invierno-primavera de 2000, segunda época 2, pág. 19-20.

ficos sociales ocupe un lugar destacado Alejandro Ortiz Rescaniere, nosotros no compartimos la implícita ‘pirámide intelectual’ que después de él encabeza —pero no es el único sino quizá el más ‘conectado’— Duccio Bonavia”.⁵³ Y califica esta posición “si no ‘eurocentrista’ por lo menos ‘muy poco peruanista’”. No me toca a mí juzgar las razones por las que Arguedas me trató en la forma en que lo hizo, tampoco me toca juzgar las razones por las que logré estar más cerca de ciertos maestros que mis colegas. Felizmente hay suficiente documentación para explicar bastante bien todo esto. Algún estudioso de la historia de la arqueología peruana podrá encargarse de hacerlo. Pero puedo afirmar que Escajadillo está totalmente equivocado cuando trata de atribuir mi proximidad con Arguedas al hecho de que fui el más “conectado”. Fue exactamente al revés, pues como extranjero tuve muchas resistencias y no tuve las ventajas que tuvieron mis colegas peruanos. Pero lo que demuestra que Escajadillo no conoció bien a Arguedas es que se atreve a decir que Arguedas tuvo una actitud “eurocentrista” o “muy poco peruanista”. Esto es un insulto a la memoria de Arguedas que considero inaceptable. En cuanto a mí, definitivamente si no hubiera logrado encariñarme con esta tierra y sentirla como mi segunda patria, no hubiera adquirido la nacionalidad peruana y no le hubiese dedicado una vida de estudio apasionado, a costa de grandes sacrificios por parte de mi familia. No soy de las personas que hacen las cosas por interés; yo las hago por convicción y mis amigos me conocen.

Hasta aquí es lo que puedo contar de mi relación con Arguedas.

4.2 Cartas de José María Arguedas a Duccio Bonavia

a) Carta manuscrita

Santiago,⁵⁴ 20 de marzo de 1962

Querido Duccio:

Acabo de recibir su carta. Me llegó muy oportunamente. Necesitaba la voz de un amigo, de alguien que aún tuviera, como lo dice tan conmovedoramente en su carta, el ideal, tan raro ya, de dedicar su vida a los demás. No me ha ido muy bien esta vez en Santiago, pero he recuperado el

54 Desde enero de 1961, Arguedas había iniciado terapia con la Dra. Lola Hoffmann, de origen rumano, radicada en Santiago y seguidora de Carl Jung; por tal motivo viajaba constantemente a dicha ciudad.

aliento, el sentido de lucha que se me iba apagando indeteniblemente por causas difíciles que creí que no podía superar.⁵⁵

Querido Duccio: no sólo intuí sino que comprendí lúcidamente desde nuestro primer encuentro que en Ud. había un hombre iluminado y enérgico. Temí algo. Personas así en el Perú están destinadas a luchar cruelmente. Pero ¿no es esa precisamente una bella, una digna tarea para un joven? Me permití empujarlo hacia Muelle ¡por amor a Muelle, al Perú y a Ud.!⁵⁶ Y todo resultó bien. No se desanime. Usted sí conoce el límite que hay entre la dignidad y lo que ella no debe tolerar. Basta con eso. No me sorprende lo de Rosalía.⁵⁷ Es una persona en sí ofuscada y la política ha exacerbado su vanidad y ofuscación. Creo que a pesar de todo está Ud. luchando sin desmayo por su [lienencia]⁵⁸ a las dos patrias, tan distintas, y que tan fuertemente lo impulsan. Hace bien en tomar de modelo a ese gigante de la sabiduría, y la generosidad, que fue Raimondi. Sé que no lo olvidará Ud., más en los días sombríos que en los venturosos. Yo volveré a la cátedra si mejoro. Tengo que pensar en la tesis y otros compromisos que tengo con nuestro país.⁵⁹

55 En 1962 Arguedas sufre una crisis anímica. En una carta a Manuel Moreno Jimeno del 22 de junio de 1966 le dice: “Debería viajar a Santiago para consultar con la psiquiatra que me compuso en 1962 en que estuve también a punto de concluir” (En: FORGUES, Roland. *José María Arguedas. La letra inmortal. Correspondencia con Manuel Moreno Jimeno*. Lima, Ediciones de los ríos profundos, 1993, pág. 151).

56 Nota de Duccio Bonavía. José María, insisto, al darse cuenta que ya tenía yo una franca pasión por la arqueología, me “empuja” hacia él sin que yo me diera cuenta; pues Muelle era el único entre los peruanos de la vieja generación en San Marcos que hacía arqueología. Y esto no sucedió en las aulas, sino en los locales del Instituto de Etnología y Arqueología, en los pasillos. Cada vez que él notaba que Muelle estaba preparando algún escrito o alguna clase, él intervenía muy sutilmente y le decía que yo lo podría ayudar. O cuando había que salir al campo, trataba que fuera siempre yo quien acompañara a Muelle.

57 Nota de Duccio Bonavía. Se refiere a Rosalía Ávalos de Matos, esposa de José Matos Mar. Ella era la mano derecha de José y muy a menudo ejecutaba lo que él le decía. Pero también sabía influir sobre José. No recuerdo exactamente lo que le escribí a José María sobre ella. A nivel personal nunca tuvimos problemas y nos tratamos siempre con cordialidad, aunque yo no confiaba en ella.

58 Palabra ilegible que podría ser “vinculación”.

59 Nota de Duccio Bonavía. Arguedas se dio cuenta de mi profunda ligazón con Italia, es por eso que habla de “las dos patrias”, pero al mismo tiempo comprende el vínculo profundo que estaba naciendo entre mi persona y el Perú, y mucho antes de pedirme la nacionalización, se refiere a “nuestro” país y lo subraya. Es por eso que cuando él me plantea la renuncia a mi nacionalidad de origen, estaba consciente de lo que eso significaba para mí.

Muchas gracias Duccio por su noble carta que me ha auxiliado oportunamente. No se olvide de tratar con rectitud pero con piedad a las gentes del Perú. Un abrazo, José María. Saludos a Eduardo y a Jorge⁶⁰ si lo ve.

b) Carta mecanografiada⁶¹

*La Cantuta,*⁶² 25 de mayo de 1963

Querido Duccio:

Usted es, sin duda, más generoso que yo. Lanning me ha llamado dos veces a la casa y no he querido contestarle.⁶³

Siento por él ahora una incurable repugnancia. La locura rabiosa que sintió hacia Ud. perjudicó, a la larga, únicamente al Departamento,⁶⁴ porque Ud. está evidentemente mejor en Huamanga que en esta olla de víboras que va siendo San Marcos, irremediablemente, y el propio Matos (Ramiro) me dicen que ha sido designado Decano de la F. de C. Sociales

60 Se refiere a Eduardo Lanning —arqueólogo norteamericano, entonces casado con la arqueóloga peruana Rosa Fung Pineda— y a Jorge Muelle.

61 La firma y la postdata de la carta son manuscritas.

62 Por esta época, Arguedas solía pasar algunos fines de semana en la casa de su amigo Manuel Moreno Jimeno, en La Cantuta, ya que este vivía en Venezuela por razones de trabajo.

63 Nota de Duccio Bonavía. Sobre este asunto hay que entender un poco lo que sucedía en el ambiente de los estudiantes de arqueología de entonces. Eduardo Lanning era un arqueólogo norteamericano que había venido al Perú para hacer su doctorado y al mismo tiempo era nuestro profesor. Él fue uno de los mejores alumnos que tuvo John Rowe. Fue Lanning quien se dio cuenta de mi gran interés por la tecnología lítica y por las épocas tempranas de la historia y fue él quien me dio las primeras lecciones sobre esos temas, más a nivel personal que en las clases. Fue también él quien me convenció que yo debía buscar la posibilidad de salir al extranjero a especializarme. Eduardo se casó con una colega nuestra, Rosa Fung Pineda y si bien al principio el matrimonio marchó armoniosamente luego se deterioró y terminó en los tribunales. Como siempre, detrás de estos asuntos hay chismes; yo no tomé posición y me mantuve neutral. Pero Eduardo pensó en un momento que yo estaba del lado de Rosa. Fue a raíz de eso que adoptó una serie de actitudes poco correctas contra mi persona, y eso molestó mucho a Arguedas. Pero luego las asperezas se limaron, tan es así que cuando Lanning estuvo en Lima, la última vez en julio de 1980, fue especialmente a mi casa para darme una serie de datos inéditos que luego yo publiqué. Él murió en 1985.

64 Se refiere al Departamento de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

de la U. del Centro.⁶⁵ Con su típica expresión velada me vino a pedir consejo acerca de profesores de sociología sin decirme que lo habían elegido o nombrado decano. A pesar de mi convicción de que los chismes de Lanning ante el decano⁶⁶ son consecuencia de una incurable neurosis, no lo puedo perdonar.⁶⁷ Finalmente concluí por decirle a Ramiro que sentía el más profundo desprecio por su amigo Lanning y que él me había desengañado. Y le recordé cómo me debía a mí su permanencia en el Museo y en la especialidad, porque cuando estuvo acosado por todo el mundo y él había resuelto dedicarse a la abogacía, yo le recordé que presentaba muchos de los defectos de los cholos y aparentemente ninguna de sus virtudes, siendo la principal la constancia y tenacidad. Le prometí mi auxilio y Ramiro salió de mi oficina con la cabeza levantada; entró a ella casi con lágrimas en los ojos.⁶⁸ Lanning debe estar cosechando todo lo que sembró: nunca el De-

65 Nota de Duccio Bonavia. Al referirse a Ramiro Matos [Mendieta] debo hacer una aclaración en honor a la verdad. Y para ello debo remitirme a la carta que en fecha 11 de diciembre de 1961 le escribe José María a Murra y en la que entre otras cosas dice "Pero ya surgieron rencillas personales, entre Bonavia, recién graduado y Ramiro Matos, un típico mestizo, bachiller, que estaba a cargo del Museo". De estas líneas podría parecer que yo inicié estas "rencillas" hacia Matos y no fue así. Ellas formaron parte de las intrigas de Lanning-Fung. Es a raíz de eso que Matos tomó ciertas actitudes contra mí, pero fueron pequeñeces.

(La carta de Arguedas a Valcárcel que menciona Bonavia aparece en ADANAQUÉ VELÁSQUEZ, Raúl. "Correspondencia entre José María Arguedas y Luis E. Valcárcel". En *La casa de cartón. Revista de cultura* 21. Lima, invierno-primavera de 2000, segunda época, p. 14.)

Hace algunos días vino a Lima Ramiro Matos y al conocer esta carta de Arguedas a Valcárcel emitió una aclaración que aparece dentro del testimonio de Duccio Bonavia.

66 Jorge Puccinelli era, por entonces, Decano de la Facultad de Letras.

67 Nota de Duccio Bonavia. Este asunto le preocupaba mucho a Arguedas, pues se refiere nuevamente a ello en una carta que le escribe a Murra en diciembre de 1962 donde dice: "Hoy mismo el Museo es una olla de grillos. Lanning, que es algo desequilibrado pasionalmente, ha armado allí un desbarajuste bárbaro, que no sabemos aún de qué manera conjura". (La carta que menciona Bonavia pertenece al epistolario publicado por MURRA, John y LÓPEZ-BARALT, Mercedes. *Las cartas de Arguedas*, pág. 98).

68 Nota de Duccio Bonavia. Considero que esto es importante aclarar, pues de alguna manera con estas frases de Arguedas se explica lo que se dijo en la nota 38 con referencia a la carta que José María dirige a Murra. En cuanto a esta carta que me dirige, se observa que yo no tuve nada que ver con las intrigas; y que "los chismes" fueron obra de Lanning. Esta aclaración de Arguedas sirvió para que entre Ramiro Matos y yo desapareciera toda enemistad y que más bien ella se convirtiera en una amistad duradera. Hoy Ramiro Matos radica en los Estados Unidos de América con un importante cargo en el National Museum of American Indians de la Smithsonian Institution y tenemos una relación intelectual y amistosa muy estrecha. Esto creo que se lo debemos a Arguedas.

partamento ha estado en peores condiciones con respecto a los amos de San Marcos. Lo quieren hacer desaparecer a toda costa, y Muelle, con su incurable y enfermiza cobardía ha contribuido decisivamente a que los planes de estos señores se realicen. Yo espero únicamente contribuir a la elección de Matos como Director para retirarme del Departamento. Estoy escribiendo una novela⁶⁹ —ya tengo 400 páginas— y voy a concentrarme en la U. Agraria donde al año entrante seré Prof. Asociado de Quechua con 4,000.00 de sueldo. No puedo seguir el desarrollo de la Etnología por mi falta de conocimientos de idiomas. En cambio, en el quechua mi contribución acaso llegue a ser de cierta importancia. Pero, querido Duccio, le diré a Lanning lo que merece si es que no puedo eludir un encuentro con él; él ya lo sabe por Ramiro, pero le hablaré de Usted, de su rectitud ejemplar. Hay dos recuerdos que me ennoblecen de mi permanencia en San Marcos: José Portugal⁷⁰ y Usted. Reciba mi admiración y mi afecto de siempre,

José María

Muy cordiales saludos de Celia a su esposa y a Usted. ¿cómo le va a ella? Estoy ocupando el chalet que era de Moreno Jimeno, hasta julio. Voy todas las tardes a Lima. Vi a Lumbreras.⁷¹ ¿Qué tal le va con él y el trabajo?

c) Carta mecanografiada⁷²

Lima, 20 de marzo [1963]

Mi querido Duccio:

Lamento que al haberse enterado de nuestro proyecto de su incorporación al Museo, Lumbreras haya tomado una actitud exagerada.⁷³ No re-

69 Se refiere probablemente a su novela *Todas las sangres*, publicada a fines de 1964

70 José Portugal, por entonces, era alumno de etnología.

71 Se refiere a Luis Lumbreras, destacado arqueólogo peruano.

72 La firma de la carta es manuscrita. No registra fecha, pero, por el contenido, se puede deducir que fue escrita en 1963.

73 Nota de Duccio Bonavia. Yo estuve en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, como lo he dicho en otro momento, cuando estaba también allí Luis Guillermo Lumbreras quien, si mal no recuerdo, era Decano. En ese momento sucedieron dos hechos, y

cuerto bien si fui yo o Silva Santisteban⁷⁴ quien le dijo de su posible ingreso al Museo. Porque Lumbreras vino con Silva quien estaba ya nombrado Director del Museo N. de Historia. La referencia a Muelle es falsa y absurda, puesto que a un funcionario no se le puede echar por límite de edad sino cuando ha cumplido los 70 años, y el Dr. Muelle está, por fortuna, muy lejos de esa edad.

La situación se complicó nuevamente, porque el Congreso, en un tercer acuerdo, especialmente sobre Educación, congeló los sueldos. El propósito era el de paralizar al gobierno. Estuvimos reunidos en la Casa de la Cultura hasta las 10 p.m. buscando una posible salida al cerco. Era imprescindible subir hasta diez categorías a algunos empleados para permitir el ingreso de Usted y el de Szyszlo,⁷⁵ así como un aumento decoroso a otros empleados que en veinte años no fueron aumentados en un sólo centavo. Todo parecía perdido. A las 4 a.m. de esa noche, se me ocurrió un recurso para resolver el problema. Lo consulté y comprobamos que era invulnerable: declarar a todos los museos de la República en estado de reorganización. Ya el decreto está proyectado y en poder del Ministro. De ese modo los museos podrán crear y establecer las instituciones o depen-

por lo menos en el segundo de ellos intervino Lumbreras. Por un lado se corrió la voz que yo pretendía reemplazar a Muelle en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, lo cual, evidentemente, tenía la finalidad de enemistarme con el maestro. Esto sucedió en un momento en el que Arguedas aún no había hablado con Muelle sobre mi nombramiento. Yo no iba a ser nombrado Director, sino Jefe de Exploraciones del Museo. Para evitar problemas hablé con Muelle sobre este asunto, él lo entendió y no pasó nada. Si bien esto que voy a decir es una mera suposición, yo creo que el origen de ese hecho fue Lumbreras, pues conociéndolo como yo lo conozco, está dentro de su manera de actuar. En cuanto al segundo hecho, hubo en Ayacucho otro movimiento, y de eso sí estoy seguro que el responsable fue Lumbreras. Se produjo una huelga estudiantil y el Rectorado dio la orden de que, a pesar de todo, los profesores debíamos seguir dictando clases. Fui el único docente que lo hizo. Se produjeron desórdenes y al final la huelga se volvió contra mí. Los estudiantes exigieron mi despido como profesor. Al final se convocó a un Claustro Pleno; allí se aclaró que yo no tenía responsabilidad sobre lo acaecido y se ratificó mi nombramiento. Al poco tiempo de recibir la noticia de que estaba ratificado, presenté mi renuncia a la Universidad y vine a Lima para asumir el cargo en el Museo. Esto es lo que Arguedas quiso decir con la frase "actitud exagerada de Lumbreras".

74 Fernando Silva Santisteban, antropólogo, era, por entonces, director del Museo Nacional de Historia.

75 Fernando de Szyszlo era gran amigo de Arguedas desde la época de la Peña Pancho Fierro. Con él viajó a congresos internacionales y publicó *Notas sobre la cultura latinoamericana y su destino*. Lima: Industrial Gráfica, 1966. El oficio que tiene su nombramiento aparece en la primera parte de esta misma publicación.

dencias adecuadas a sus propios fines y al personal con que cuenten, y los directores podrán, asimismo, salir de la huería o de los empleados inútiles impuestos por los intereses políticos. Tienen la oportunidad de fijar su propia estructura y seleccionar libremente su personal técnico y de servicio. En un esfuerzo de última hora conseguí cien mil soles más para el de Arqueología. Tiene, pues, Muelle, un millón para nuevo personal y servicios.

Creo, mi querido Duccio, que debe usted resolver su cuestión personal en razón de su futuro profesional y, por tanto, de las mayores probabilidades que le ofrezcan para ejercer su profesión con la mayor amplitud y comodidad personal posible. Su sueldo será solamente de seis mil soles; pero como Jefe de Investigaciones podrá disponer de un vehículo apropiado, de fondos para viáticos, y movilidad. Además, le aseguraremos una beca, como a Roel,⁷⁶ para hacer estudios de perfeccionamiento al país que Ud. mismo escoja. Se me ha entregado del Ministerio la responsabilidad de fijar el plan de becas. Recuerde que acaso la mayor responsabilidad de un arqueólogo generoso en el Perú es de contribuir a convertir ese yerto depósito de maravillas y de hombres inermes que es nuestro Museo de Magdalena⁷⁷ en uno de los mejores de América. Esa responsabilidad la hemos depositado en Ud. que puede ejercer una efectiva influencia en Muelle.⁷⁸ El propio Espejo⁷⁹ ha cambiado ante la seguridad de que le ascenderemos

76 Se refiere a Josafat Roel Pineda, renombrado etnomusicólogo, recientemente desaparecido.

77 Se refiere al actual Museo Nacional de Antropología y Arqueología, con sede en el distrito de Magdalena.

78 Nota de Duccio Bonavia. Esta frase era uno de los mejores halagos que me hacía Arguedas, pues estaba depositando toda su confianza en mí para reorganizar el Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Además aquí expresa muy claramente su convicción de que yo podía “ejercer una efectiva influencia en Muelle”. Sobre esto he hablado anteriormente. Desafortunadamente los deseos de Arguedas no se cumplieron a plenitud, por una serie de razones que sería muy largo de explicar ahora. Pero quizá las dos más importantes fueron, por un lado, la falta de presupuesto, lo cual nos tenía con las manos atadas; por otro lado, y esto solo en ciertos aspectos, la timidez de Muelle que no se atrevía a tomar acciones enérgicas en determinadas circunstancias. Pero, a pesar de todo, creo que algunos cambios radicales se hicieron y cuando dejé el Museo lo hice con la conciencia tranquila. Hasta la administración de Jorge Muelle, el patrimonio que le encargó la Nación al Museo Nacional de Antropología y Arqueología se mantuvo intacto. Los robos, las desapariciones de especímenes y el maltrato de las colecciones comenzó después.

79 Nota de Duccio Bonavía. Julio Espejo era uno de los discípulos de Tello que estaba allí; el Subdirector era Mejía Xespe (Muelle era el director). Espejo era Jefe de Exhibiciones.

diez categorías y aceptó entusiasmado derrumbar esa fea réplica del templo de Chavín que malograba el patio del Museo. Por otra parte, la Comisión de Cultura, aterrorizada por mis informaciones, está resuelta a gestionar unos diez millones para el nuevo local.

Proceda, como siempre, de acuerdo a sus ideales. Creo que no tiene usted ambiciones sino ideales. Yo estoy un poco sacrificado en la Dirección.⁸⁰ Dicen ya de mi actuación cosas desventuradas y algún amigo me ha dicho que estoy “sacrificando mi nombre”. No aspiramos a tener “nombre” sino a hacer de este país lo que es posible que alcance a ser dada su grandeza pasada y sus virtualidades. Todo lo demás importa poco. No hay “competencia” con ninguna institución. Únicamente gentes sin ideales universales sino impulsados por ambiciones aldeanas pueden concebir en alguien honrado tal cosa. Espero mucho de usted, como siempre; y anhelo que en Agosto esté abocado a la gran tarea. No hay nombramiento aún. Tiene que aprobarse primero la reorganización.

Un abrazo

José María

d) Carta mecanografiada⁸¹

Lima, 19 de Abril de 1964

Querido Duccio:

No sólo está asegurado definitivamente su cargo en el Museo sino que ayer se le nombró en el Consejo del Departamento de antropología Profesor del curso de Pre-historia. Creo, además, que podrá usted proponer algún curso de Seminario de Arqueología porque el nuevo plan está mejor que los anteriores, pero los cursos de arqueología continúan siendo escasos.

Su carta me conmovió mucho. Yo habría propuesto que usted renunciara a continuar escribiendo el libro exponiendo sus verdaderas razones y no basándose en un pretexto. Pero Valcárcel me dijo que él había aconsejado que decidiera por el de la enfermedad.⁸² Con su traslado a Lima, la

80 Se refiere a la Dirección de la Casa de la Cultura del Perú.

81 La firma de la carta es manuscrita.

82 Nota de Duccio Bonavía. Creo que este punto debe ser aclarado, pues de otra manera no se podría entender lo que quiso decir Arguedas. A principios de abril de 1963, el doctor Valcár-

U. de Huamanga sufrirá un fuerte golpe. Valcárcel expresó, al final de la sesión del consejo, su pena por la agravación de los defectos de Lumbreras. Y Matos, recién llegado, se alarmó mucho.⁸³ Valcárcel le dijo que su vanidad e intransigencia (la de Lumbreras) se hacían intolerables. Pero Matos acogió con mucho entusiasmo su venida a Lima y fue él quien propuso que se le encargara la cátedra.

Mañana proyectamos su nombramiento. Es posible que lo reciba dentro de unos diez días, a lo sumo. Yo se lo transmitiré por teléfono. Se incor-

cel le escribió una carta a Lumbreras explicándole que el Fondo de Cultura Económica de México estaba interesado en publicar un manual de arqueología peruana y que él había propuesto que los autores fuéramos Lumbreras y yo. Lumbreras me informó inmediatamente sobre el asunto; lo discutimos y aceptamos en principio. Se lo informamos así a Valcárcel en fecha 19 y 23 de abril de ese año, respectivamente. El 17 de junio Lumbreras y yo enviamos otra carta a Arnaldo Orfila Reynal, Director del Fondo de Cultura Económica, comunicándole nuestra decisión. El 15 de julio el Fondo de Cultura Económica nos contestó formalizando el contrato y señalando el plazo de un año para la entrega del manuscrito.

Yo estaba muy contento, pues una ocasión así de escribir un libro al inicio de la carrera, no se presentaba todos los días. Empecé inmediatamente a trabajar en el manuscrito y traté en repetidas ocasiones de reunirme con Lumbreras para discutir algunos puntos y aclarar bien los temas que cada cual iba a tratar. Logré hacerlo sólo en dos oportunidades y ambas tuvieron lugar en una banca de la Plaza de Armas de la ciudad. Cuando había pasado un año, traté de reunirme nuevamente con Lumbreras y la respuesta que obtuve es que no había tenido el tiempo de escribir su parte. Yo tenía la mía muy adelantada. Me sentía muy incómodo frente a los editores pues el plazo que nos habían dado se estaba venciendo. Al mismo tiempo estaba desconcertado pues no sabía qué actitud tomar. Decidí pedirle consejo a mi viejo profesor y amigo, el doctor Juan Comas. Le envié una larga carta en fecha 19 de marzo de 1964. Me contestó en fecha 25 de marzo, aconsejándome que para no romper las relaciones con el Fondo de Cultura Económica, les planteara que "...por razones de salud, o personales, o de exceso de trabajo..." me tenía que retirar del proyecto. Decidí seguir su consejo y en fecha 3 de abril envié una comunicación a Orfila Reynal informándole que "por razones de salud" no podía seguir trabajando con Lumbreras. En la misma fecha le escribí a Valcárcel, señalándole que "[...] debido a una serie de razones de carácter muy personal que prefiero no tocar por carta, he tenido que tomar la decisión [...]", adjuntándole una copia de la carta que le envié al Fondo de Cultura Económica. Al mismo tiempo le decía que Arguedas "está al tanto del asunto" y que él podía darle detalles. Efectivamente le había comentado a este en varias oportunidades la verdad de los hechos. Me llama por eso la atención que Valcárcel le dijera a Arguedas que fuera él quien me hubiera "[...] aconsejado que decidiera por el de la enfermedad", porque no fue así. Nunca pensé necesario aclarar la situación con Valcárcel, pues no tenía mayor importancia. De todas maneras lo que José María Arguedas quiso decir en esta carta es que debí plantearle la verdad a los editores y no mentir. Hoy, a la distancia de los años, creo que José María tuvo razón. Dejo constancia que obran en mi poder las copias u originales de todas las cartas mencionadas.

83 José Matos Mar acababa de regresar de Venezuela, a donde había viajado, por un tiempo, por razones de trabajo.

porará Ud. a partir del 1° de agosto y podrá cumplir sus obligaciones contraídas con la U. de Huamanga.

No sé si ya se supo en Ayacucho que el Congreso, luego de aprobado ya el pliego de Educación, redujo el presupuesto de la Casa de la Cultura en tres millones. Me hicieron venir de noche desde Huancayo. Hemos tenido que reducir nuestro presupuesto dedicado a la recopilación folklórica en 500 mil soles y suprimir los 600 mil que teníamos para becas. Pero no tocamos un centavo de lo ya dedicado a los museos. La Comisión paralizó sus trabajos hasta que yo llegara e inmediatamente les comuniqué que se haría cualquier otro sacrificio, pero que los Museos serían reorganizados.⁸⁴ Con el aumento de un 100% del sueldo de Mejía Xespe se ha convenido en sacarlo del Museo de la U. Creo que verdaderamente no podrá hacerse cargo bien de él Chávez Ballón.⁸⁵ Ud. nos ayudará a resolver también ese problema.

Perderá Ud. algún dinero al venir acá, pero sus perspectivas profesionales se ampliarán, auxiliará usted al país en una obra de dimensión na-

84 Nota de Duccio Bonavía. Este párrafo de la carta que me dirige Arguedas muestra, mejor que ningún otro, la honda preocupación que él sentía por los museos. Y aquí está la razón fundamental por la que tengo tanto interés en que esto se conozca. Arguedas es muy claro: "Me hicieron venir de noche desde Huancayo [...] Hemos tenido que reducir nuestro presupuesto dedicado a la recopilación folklórica [...] Pero no tocamos un centavo de lo ya dedicado a Museo." Hay que tomar en cuenta que la recopilación folklórica era un proyecto que él dirigía, y sin embargo lo sacrifica, e insiste: «[...] les comuniqué [se refiere a la Comisión del Ministerio de Educación encargada del presupuesto] que haría cualquier otro sacrificio, pero que los Museos serían reorganizados". No cabe la menor duda, pues, que una de las más grandes preocupaciones de Arguedas mientras estuvo al cargo de la Casa de la Cultura del Perú, fueron los museos. Y puedo decir que si bien él pensaba en todos los museos, tenía clara la percepción de que el más importante de todos era el Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Se daba cuenta de que esta institución guarda un patrimonio que representa la identidad nacional. Esto se refleja también en una carta que él le dirige a John Murra en mayo de 1974, es decir a poco menos de un mes de la que me escribió a mí. Allí, entre otras cosas le dice "Felizmente se perfeccionó el trámite de la reforma de los Museos. Ya les entregué los nuevos nombramientos [entre ellos estaba el mío]. Eso está consolidado".

Insisto, esta faceta de Arguedas que es casi desconocida, hay que resaltarla. Hasta donde sé, nadie lo ha hecho antes. Yo recuerdo que cuando iba a visitarlo en los tiempos que él ya había dejado la Casa de la Cultura y era mi vecino en el Museo de Historia, me preguntaba siempre y con insistencia qué estaba haciendo, quería saberlo todo. El día que le conté que estábamos modificando algunas vitrinas con textiles y que estábamos empleando una nueva tecnología hasta entonces no aplicada en el Perú, su cara se puso radiante de felicidad. (La carta de Arguedas a Murra que menciona Bonavía está en MURRA, John. *Las cartas de Arguedas*, op. cit. pág. 109)

85 Manuel Chávez Ballón, destacado arqueólogo puneño, pasó toda su vida en el Cuzco. Fue discípulo de Julio C. Tello.

cional. Necesitamos hombres como Ud., puros, tenaces, disciplinados, con honor, en el mejor sentido de esta palabra. Moverá Ud. a Muelle. Y tendrá ahora que caminar. Espejo aceptó, ahora que ha subido diez categorías, a que se derribe esa fea réplica de Chavín que antes adoraba. El Museo hormiguea ahora de entusiasmo, y, lo más importante, con la reorganización Muelle ha podido salir de los empleados corrompidos, así como Valcárcel, a quien casi obligamos a que lo hiciera. Lo esperamos con muchas expectativas. Por lo menos quedará eso de los Museos si el Parlamento sigue apretándonos en servicio de sus inexplicables resentimientos y sectarismo. Por ventura creo que ni Ud. ni yo, ni Muelle ni Valcárcel, somos sectarios ni fanáticos. Me parece que puede dar la noticia de su nombramiento.⁸⁶

Un abrazo de

José María

Saludos de Celia y Alicia.

5. ARGUEDAS Y HAYDÉE CASTAGNOLA

5.1 Testimonio de Haydée Castagnola⁸⁷

Conocí a Arguedas cuando yo era Directora de la Casa de la Cultura de Tacna —cargo que tuve desde abril de 1963 hasta 1967— y él era Director de la Casa de la Cultura del Perú. Nuestra amistad no solo se debe al cargo que ocupábamos sino al hecho de que en varias oportunidades lo invitamos a dictar charlas y conferencias a Tacna. Cuando él vio la obra que realizábamos nos apoyó mucho, porque era, además de generoso, gran amante de la cultura, hombre bueno, incapaz de hacer daño a nadie, pienso sobre todo en la competencia entre los intelectuales. En una oportunidad que nos visitó supe que después de la jornada había ido a buscar a unos amigos de Apurímac radicados en Tacna. Me parece que se trataba de un Sr. Luján; quería rememorar la música de su tierra. Incluso me invitó una vez. Yo también nací en Andahuaylas,

86 Se refiere a que Bonavía ya podía informar a las autoridades de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga sobre su nombramiento como funcionario del Museo Nacional de Antropología y Arqueología.

87 Recogido por Carmen María Pinilla. Lima, 24 de mayo de 2001. Agradezco a Lucila Castro de Trelles el haberme puesto en contacto con Haydée Castagnola.

donde estuve hasta los diez años. Tengo, además, parientes en Apurímac pues mi abuelo materno, José Antonio Trelles, poseía tierras en esa región.

Recuerdo que en la época en que Arguedas nos visitaba no había dinero suficiente para la institución y teníamos que hacer malabares para conseguirlo, cosa —esta última— que él aprobaba, estimulaba y aplaudía. En una oportunidad quisimos traer a Tacna al prestigioso Ballet de Georgia. Sabíamos que teníamos que cobrar una entrada más barata que la que se cobraba en Lima por tan importante espectáculo. Esto motivó que ya en vísperas del evento, cuando estaba todo programado, no nos cuadrara el presupuesto. Pedimos auxilio a Arguedas a la Casa de la Cultura de Lima y nos respondió que lo sentía muchísimo pero que no tenía fondos para ayudarnos. Tuvimos entonces que salir de Tacna y recorrer los alrededores haciendo intensa propaganda. Luego de visitar Ilo, Moquegua, Toquepala, inclusive Arica, logramos vender todas las entradas. La presentación fue un gran éxito porque vino la gente desde todos esos lugares y llenó el teatro. Conseguimos así pagar la totalidad de gastos y encima nos alcanzó para comprar un piano de cola, necesario en nuestra institución. Le contamos todos los pormenores a Arguedas quien, por supuesto, se puso feliz y nos felicitó calurosamente.

Luego pasó varias veces por Tacna rumbo a Chile y Argentina. Una vez vino en compañía de Francisco Miró Quesada Cantuarias quien comentó la brillante actuación de Arguedas en un evento que acababa de terminar. Arguedas me envió para el archivo del Instituto algunos casetes de música andina, que hasta hoy se conservan.

La carta que te entrego ahora me la envió desde México, cuando ya había dejado su puesto en la Casa de la Cultura. Este hecho fue lamentable no solo por la forma en que salió sino porque se truncó una inmensa posibilidad de incentivar el desarrollo cultural en el Perú.

5.2 Carta manuscrita

México, 14 de setiembre 1964

*Sra Haydée Castagnola
Directora de la Casa de la Cultura
Tacna*

Muy estimada amiga:

Vine a México representando al Ministro en la ceremonia de inauguración del Museo de Antropología nuevo. Ha costado el equivalente de dos-

cientos millones de soles. Además esta mañana se abrió, con la intervención del presidente, las reconstrucciones hechas en Theotihuacán y se van a inaugurar dos Museos más. Esto me llena de fe y de entusiasmo. Los mexicanos son realmente idénticos a nosotros. ¿Por qué alguna vez no hemos de llegar a ser como ellos? Estoy seguro que venceremos los obstáculos. Yo conseguí lo que parecía imposible: doblar los presupuestos de los Museos, y los propios directores se quedaron perplejos. Pero tuve que salir de la C. de la Cultura precisamente porque estaba impulsando esa institución con fervor. Pero no me he desalentado, ni mucho menos. Seguiremos trabajando para q. cosas como la que me hicieron no puedan repetirse.

Admiro en Ud. el amor puro, libre de todo interés personal, por la difusión de la Cultura. El Perú infunde fuerza inextinguible en todos los que logran auscultar sus posibilidades infinitas, su belleza y la injusta pretensión [sic]⁸⁸ en que se encuentra. Deseo manifestarle mi anhelo de ir a su Casa para dictar una charla y pasar la gran película sobre el carnaval de Canas que he traído aquí. Yo volveré al Perú el domingo o sábado ¿Podría ir a Tacna el viernes? Porque en octubre debo ir al Ecuador. Le ruego contestarme al apartado 43 o al Museo N. de Historia, Pueblo Libre.

Reciba el respetuoso afecto de

J.M. Arguedas

34287, A. Ugarte 650

6. ARGUEDAS Y GERMÁN GARRIDO KLINGE

6.1 Testimonio de Germán Garrido Klinge:⁸⁹ "Una historia que hace historia"

Después de 40 años, decidí sacar de mi archivo una historia clínica, una historia que me sirviera para narrar otra interesante historia sobre uno de nuestros grandes escritores.

Corría el mes de setiembre de 1957 cuando recibí una llamada de mi querido amigo y colega Julio Gastiaturú, personaje entrañable tempranamente desaparecido, bohemio que se movía entre intelectuales, periodistas, escritores, artistas e investigador perseverante de los virus, que caminaba con su largo mandil por los corredores del Hospital Loayza, llevando en su mano deli-

88 Probablemente quiso decir "postergación"

89 Redactado por Germán Garrido Klinge en noviembre de 1997.

cadamente un huevo de gallina donde acabada de hacer una inoculación. Julio, “el negro Gastiaburú” como se le decía cariñosamente, tenía los ojos saltones con el blanco de ellos que resaltaba sobre su tez oscura. sus dientes superiores salidos como si quisieran escaparse de la boca, lo que le daba a su hablar un gracioso y particular sonido. Julio me llamó para recomendarme a un amigo y así el día 17 de setiembre recibí en mi consultorio al señor José María Arguedas. Su historia tiene el número 2380.

El encuentro con este paciente fue inolvidable; pequeño, delgado, de aspecto endeble y hablar lento y susurrante, iba a consultarme por problemas digestivos.

Tenía en ese momento 46 años. Me contó que había nacido en Andahuaylas y que llevaba viviendo en Lima 26 años, es decir, que salió de su terruño a los 20 años. Su papá había fallecido a los 52 años de un problema urinario y la mamá, —decía— de un “cólico hepático” a los 30 años, así es que el señor Arguedas casi no la había conocido. Tenía dos hermanas y ya estaba casado. Entre los años 1927 y 28 tuvo varios ataques palúdicos que no se repitieron cuando llegó a Lima y en 1938, mientras estaba preso, a raíz de cólicos severos fue operado de apendicitis.

Me refirió que su problema era el insomnio (generalmente se acostaba a las 11 p.m. y despertaba muy temprano, luego de un sueño intranquilo y amanecía con una especie de pesadez en la cabeza).

Consumía poco licor, no fumaba, no tomaba té ni café y tampoco hacía actividad física. La historia de su enfermedad era larga. Refería que desde toda la vida, desde que recordaba, había tenido molestias digestivas, vinagreras, sensación de llenura después de las comidas, por lo que en las noches no comía para estar tranquilo y pensaba que así dormía mejor. Fue en 1938, como ya indicamos, que fue operado de apéndice mientras se encontraba preso y desde ese entonces había quedado con dichas molestias.

En 1942 después de un año de intenso trabajo, que resultó frustrado,⁹⁰ comenzó un cuadro de angustia, con palpitaciones, sudores y pesadez en la nuca. De este modo se le acentuó el insomnio. Refería sentir que el mundo se le venía abajo y a veces se ponía tan mal que creía que moriría en cualquier momento. Eso que él llamaba “surmenage” duró un par de años y, a pesar de que fue mejorando poco a poco, nunca más volvió a ser el que había sido antes, o sea, estar completamente normal. El insomnio se acentuaba; ya no tenía

90 Nota de Carmen María Pinilla. Se refiere a su participación en la Reforma de Planes de Educación Secundaria en el Ministerio de Educación.

la capacidad de trabajo como anteriormente y a veces estaba en tal estado, sobre todo en las tardes, que apenas podía leer y menos trabajar. Se sentía pesado y tenía mareos.

Me señaló puntualmente que el 7 de agosto, después de un buen y opíparo almuerzo muy condimentado se sintió tan mal que acudió a consulta. Tuvo que ponerse a dieta y mejoró, pero luego de diez días fue a un chifa y nuevamente regresaron los malestares. Dijo que últimamente había estado otra vez sumamente nervioso por muchas preocupaciones y que el insomnio se había agudizado.

Al examen fue una persona delgada, tensa, asténica, de movimientos un tanto lentos, de presión arterial normal y 64 latidos por minuto. El cuadro era de una persona de ansiedad y de primera intención se le dijo que no tenía nada orgánico, que se trataba de un cuadro de distenia neurovegetativa con síntomas fundamentalmente digestivos y que no eran sino manifestaciones psicósomáticas del estado de tensión que tenía por sus preocupaciones.

Las radiografías de estómago y duodeno, así como los diversos exámenes de laboratorio conformaron este diagnóstico.

Se le dio una dieta sin grasas ni fritos, evitando condimentos y se le prescribió antiespasmódicos y sedantes de esa época. Las consultas posteriores fueron el camino para desarrollar una relación amical médico-paciente y con nuestra psicoterapia normal y la medicación, el paciente fue mejorando poco a poco. Se le explicó que posiblemente fuera migrañoso aunque sin tener el cuadro florido de las jaquecas, que se manifiesta en personas tensas y de temperamento nervioso y que dan manifestaciones digestivas. Todo fue comprendido por Arguedas perfectamente y fue recuperándose al tener una explicación de la causa de sus síntomas que pensaba eran expresión de una dolencia grave.

Durante estas visitas me refirió que tenía el proyecto de un viaje a Europa y que esto le causaba angustia o por enfrentarse a un largo viaje en avión o por el temor de encontrarse con otro mundo tan lejano de lo que él creía era el suyo profundo. Así un día de enero de 1958 me llamó urgido por verme y conversar conmigo, pues a raíz de que su esposa se había embarcado el día anterior a Europa, le habían regresado las molestias digestivas y él tenía indefectiblemente que viajar después de unos días.

Conversamos largo, le conté de mis experiencias en mis recorridos anteriores por el viejo mundo y lo animé a embarcarse y gozar de esta vivencia desde el mismo momento que tomaba el avión.

Nos despedimos con un abrazo y más animado, dejó la consulta. Pocos días después, el 1° de febrero, me envía una postal de Portugal, que aquí acompaño. Pasados los años me agrada recordar todos esos momentos y sen-

tirme casi el artífice de ese viaje de nuestro peruanísimo narrador, que tenía miedo de enfrentarse con otro mundo, con otras gentes, con otras costumbres [...] con otras civilizaciones, que él vislumbraba que existían pero sin llegar a entender, pero que, al llegar a Portugal, a Lisboa, se las encontró de lleno. En sus palabras siempre recuerdo que el hombre es el artífice de esta maravilla, tanto en lo profundo de los Andes como en otros mundos allende los mares.

Posteriormente hablamos algunas veces por teléfono. Las molestias digestivas se fueron alejando al tener comprensión exacta de su causa, pero en el fondo, era una persona temerosa del mundo y si bien pudo sobreponerse al “surmenage” inicial que tuvo a los 31 años y que lo dejó marcado, lo relegó al fondo de la conciencia, lo que constituyó siempre una espina, de manera que no me sorprendió cuando leí en los periódicos su determinación de alejarse de este mundo, que tanto admiraba como obra en parte de los hombres pero a la vez hastiado de la actitud de ellos, ya que no obstante ponerlos por encima de todo, sentía que lo traicionaban constantemente y así decidió alejarse de nosotros luego de 13 años de nuestra postrera despedida.

Noviembre 1997

6.2 Postal manuscrita⁹¹

1° de Fbro. [1958]

Muy estimado Doctor:

En gran parte le debo a Ud. este viaje. El mundo es mucho más vasto de cuanto se puede imaginar uno. Pero es el hombre quien lo ha hecho así asombroso.

He volado por encima de los mares y estoy anonadado ante el poder humano. ¿Recuerda Ud. con cuánto temor fui donde Ud. la última vez?

Nuevamente mi gratitud a su sabiduría y a su capacidad de comprensión.

Un abrazo

J.M. Arguedas

Anoche dormí 9 horas

91 La postal tiene una fotografía de las ruinas del Convento do Carmo.